

## ÉGLOGA

---

Á VELASCO Y GONZÁLEZ, FAMOSOS ESPAÑOLES, CON  
MOTIVO DE HABERSE HECHO SUS EFIGIES EN LA  
REAL ACADEMIA DE SAN FERNÁNDO, POR MAN-  
DADO DE SU MAJESTAD.

LUCINDO, CORIDON.

CORIDON.

¿Cómo, Lucindo, tanto has retardado  
Tu vuelta á la majada,  
Que aguardándote estoy desesperado?  
Sin dueño tus terneros  
Por las vegas y oteros  
Descarriados braman,  
Y no pude cuidarlos,  
Porque me dejó Perche encomendadas  
Las vacas de la reina,  
Y estos dias por mí fueron sacadas  
De los hondos calderos las mantecas,  
Y en las molduras huecas  
Sus lises estampadas,  
Y á la corte enviadas.  
¿Dónde tanto estuvistes divertido,  
Que te has mas de lo justo detenido?

LUCINDO.

¡Ay, Coridon amigo! si tú vieras  
Lo que yo he visto, mas te deluvieras;  
Y acaso, tu redil abandonado,  
Trocaras el cayado  
Por cinceles sonoros,  
Por compases, buriles y pinceles,  
Porque eternizan fieles  
Á los que con primor los ejercitan,  
Y de la muerte evitan,  
Como la sábia musa,  
Á cuya voz en valle y monte suena  
El verso pastoril con dulce avena.

## CORIDON.

Ya sé, que á ti en la márgen  
De Eresma arrebatado,  
Te miró el Valsain desmoronado  
Manejar los pinceles,  
Y mármoles herir con los cinceles ;  
Que estas fueron allí tus diversiones  
Con la musa alternando,  
Mientras que tus becerros  
Gozaron del verdor de aquellos cerros.

## LUCINDO.

Cierto es, que imitar quiso mi rudeza  
Á la madre comun naturaleza  
Con líquidos colores ;  
Diversión, aunque extraña,  
No ajena ni imposible á los pastores.

## CORIDON.

Dime : ¿ cómo en volver á la cabaña  
Tanto te has detenido ?  
¿ Y qué viste en la corte suntüosa ?

## LUCINDO.

Yo, aunque en Mantua nacido,  
Por dilatada ausencia rigurosa  
De verla fuí privado,  
Hasta que quiso el hado  
Que la matrona excelsa y soberana,  
Semíramis fortísima y robusta,  
Grande Isabel augusta,  
Famosa en paz y en guerra,  
Católica Cibéles parmesana,  
Y madre de los dioses de la tierra,  
Dos mundos admitió para mandarlos,  
Y á las plantas ponerlos del gran Carlos.  
Entónces yo, cuidando sus vacadas,  
Atravesé los puertos eminentes,  
Dejando atras el monte carpentano ;  
Y en este verde llano  
Senté mi rancho, y los demas vaqueros  
Pararon en cañadas diferentes.  
Viniéronme á este tiempo los primeros  
Impulsos de ir á ver la patria mia :  
Yo ignorante creia

Que fuera semejante á nuestra aldea,  
Aunque un poco mayor, como solemos  
Comparar con los chotos  
Los toros bravos, dueños de los sotos.  
Pero esta poblacion, con real grandeza,  
Levantó la cabeza  
Sobre esotras ciudades,  
Con mas excesos, mas desigualdades,  
Que álamo de Aranjuez, al cielo osado,  
Sobre el tomillo humilde y desmedrado.  
Es rústico mi acento  
Para poder contarte su opulento  
Esplendor sin igual : sólo te dig  
Con sencillez de amigo,  
Que no es indigno asiento  
(Aunque mil reinos su corona encierra)  
Del monarca mayor que hay en la tierra.  
Mas lo que arrebató la atencion mia,  
Fué el saber que aquel dia  
Las artes nobles bellas,  
De la naturaleza imitadoras,  
Hermanas de la docta poesía,  
Con honrosa porfia  
Al mismo original aventajaban.  
Yo vi cómo anhelaban  
Por el premio ofrecido  
Los jóvenes ansiosos,  
Y vi los primorosos  
Frutos de su trabajo esclarecido ;  
Que nunca ha de ocultarlos el olvido.  
La docta arquitectura  
No sólo con murallas  
Nuestro reino asegura ;  
Tambien aquí se emplea,  
Y trazando soberbios frontispicios  
La gran corte hermosea  
Con tantos edificios,  
Que yo para contarlos desaliento.  
Ni te podré pintar aquel portento  
De la hermosura, admiracion del arte,  
Alcázar suntuoso  
Del gran Cárlos augusto y poderoso

Campear allí se admira  
La tirantez vistosa embalaustrada  
Del gran lienzo que rasga el ventanaje,  
Allí donde á las nubes su homenaje  
Levanta audaz la fábrica tremenda  
Sobrepujando á algunas ;  
Allí donde descansa en cien columnas  
Fortísimas la máquina estupenda.  
No competirla entienda  
Chozas de mayoral ó lavadero  
De rico ganadero  
De los de mas copiosa y pingüe hacienda,  
Porque es mucho mas grande, á lo que creo  
Que el mayor esquileo  
Donde van al esquilmo los ganados,  
Que vuelven repastados  
Del suelo fertilísimo extremeño :  
Solamente es menor que su gran dueño.  
Las otras dos hermanas,  
Con no menor esmero,  
Lo figurado dan por verdadero,  
Y admirado y celoso,  
Amigo Coridon, ¡ quién lo creyera !  
Á mi Dorisa he visto en blanda cera  
Tan al vivo copiada,  
Que dudé si era propia ó figurada ;  
Y aunque no en la hermosura,  
Sólo la distinguí por la blandura.  
Este arte y la pintura engañadora  
En los asuntos dados,  
Dejaron los sentidos encantados  
Con lienzos que el pincel sutil colora.  
Pero ; quién podrá ahora  
Contarte los primores que emplearon  
Con que al grande Velasco eternizaron  
Yo lo he visto pintado y esculpido  
Tan bien, que afirmaré que vivo ha sido.  
Yo vi, yo vi encrespase el mar undoso,  
Á quien turbaba intrépido el reposo  
Con quillas aceradas  
Pocok el almirante.  
Yo vi á Albermarle fiero y arrogante

Avasallar los muros de la Habana.  
De pocos españoles defendidos.  
Vi avanzar los ingleses atrevidos,  
En ser tantos fiados,  
Que en vano contra inmensos escuadrones  
Tronaban sobre el Morro cien cañones.  
Velasco, el gran Velasco,  
Conteniendo su ardor está en la brecha,  
Revolviendo la espada portentosa,  
Con que á ser viene mucho mas estrecha.  
Y en el modelo y tabla primorosa  
Tan vivo se veía,  
Que aun juzgué le escuchaba  
Lo que dicen que dijo en aquel día :  
« No me veréis rendir, fieros britanos  
Por mas que estéis ufanos  
Con tanta muchedumbre.  
No, no hallaréis barata la victoria,  
Que hoy será á vuestra costa bien comprada ;  
Veréis rendir primero  
Mi vida que mi espada ;  
Mi rey, mi religion, mi patria amada  
Verán que soy cristiano y caballero,  
Y todo el mundo entero  
No bastará á rendir á mis soldados,  
Curtidos á los hielos y á los soles,  
Pocos, pero arrestados,  
Y todos verdaderos españoles ;  
Á quien veréis con sangre enrojecidos  
Hechos pedazos, pero no rendidos. »  
Así el campeon decía,  
Y Albermarle esto dijo,  
Que allí en un lienzo escrito lo tenia :  
« Ya no es hazaña alguna  
Vencer la poca y fatigada gente,  
Que á nuestros piés ofrece hoy la fortuna.  
Á ellos, nacion heroica, descendiente  
Del valeroso Arturo,  
Montad la brecha y coronad el muro,  
Que sólo guarda un mozo temerario.  
Cerrad sobre él seguro,  
De que ya no hay defensa en el contrario.

Vengüemos hoy la afrenta recibida  
De Almansa y de Brihuega,  
Las que Italia no niega ;  
La que fué por el orbe tan sabida,  
Cuando con nuestro oprobio  
Vimos teñirse en la fatal empresa  
Los mares de Tolon con sangre inglesa,  
Por quien se llama el vencedor navarro,  
Con mengua vuestra y mia,  
Marqués de la Victoria de aquel dia ;  
La que sufrió la cólera anglicana  
En la Cartago indiana  
De aquel español fiero,  
Que aun la envidia le alaba  
(Con vergüenza lo digo), el grande Eslaba.  
Tanta sangre vertida  
De estímulo aquí sirva á vuestro enojo,  
Paguen, paguen su arrojio,  
Por mas que ellos se precien  
Vanamente de estar toda su vida  
Acostumbrados á vencer los moros,  
Y á luchar cuerpo á cuerpo con los toros. »  
Así dijo ; y los lienzos figuraban  
El horroroso estruendo de la guerra :  
Los tiros se escuchaban,  
Haciendo estremecer toda la tierra,  
Que tembló algunas veces.  
Dicen que eran los ásperos ingleses,  
Escogidos los mas determinados,  
Que en sus selvosos móntes,  
Para el duro ejercicio de la guerra  
Alimenta Inglaterra ;  
Pero poco les vale allí su saña,  
Porque contienden con la flor de España.  
El capitan Velasco generoso  
La espada esgrime intrépido y fogoso,  
Con asombro y terror del enemigo,  
De cuyos cuerpos muertos ciega el foso,  
De su valor testigo.  
Ninguno aguardar osa,  
Deslúmbrales la espada luminosa,  
Que los deja con furia castigados :

Ellos vuelven el rostro amedrentados  
De tal ferocidad en un mancebo,  
De Marte envidia, y mas galan que Febo,  
Honor de la alta España,  
Arde Albermarle en saña,  
Al ver que un hombre solo,  
Con valor que fué asombro en aquel polo,  
Y con temeridad tan importuna,  
Quiera servir de estorbo á su fortuna.  
Y á Pocok luego ordena  
Que con ronca y horrisona armonía  
Dispare la espantosa artillería,  
Diabólica invencion, que un monte allana,  
Y al punto de la inglesa Capitana,  
Con espanto y horror de los triones,  
Ironó toda una andana de cañones.  
El humo y polvo que pintado habia  
Distinguir me impedia  
Lo que ver deseaba :  
Sólo vi que llegaba  
La muerte rigurosa  
Al pecho triunfador del gran González :  
González que en la honrosa  
Faccion no dejó el lado  
De su caudillo amado,  
Tremolando de España los pendones,  
Cuyo valor, del nuevo mundo espanto,  
Hizo á Lóndres cubrir de luto y llanto ;  
Hasta que el pecho abierto  
En tierra cayó muerto,  
Vertiendo el alma por la herida fiera,  
Sirviéndole de tumba su bandera.  
El defensor del Morro  
La cabeza en dos partes separada,  
Con un lienzo apretada,  
No se quiere rendir á quien le ruega.  
Por tres veces intrépido se llega,  
Y arroja las banderas anglicanas,  
Las pisa, y enarbola  
La bandera española,  
Que González tendió á las auras vanas ;  
Y envidioso Velasco de su suerte,

Se abalanza á encontrar la hermosa muerte,  
 Que halló en la multitud de los britanos.  
 ¡ Oh dichosos hispanos !  
 Si algo pueden mis versos, del olvido  
 Será vuestro gran nombre redimido,  
 Obedeciendo á Cárlos,  
 Aunque al son de zampona,  
 Con tan sonora voz, que tenga Homero  
 La ventaja no mas de ser primero.  
 ¡ Oh Cárlos ! que á mi pecho fatigado  
 Das nuevo aliento habiéndote nombrado !  
 Tú el mérito premiaste ;  
 De tu piedad mi musa ha adivinado,  
 Que pues el premio al mérito acompaña,  
 Vuelve el siglo de Augusto á nuestra España.  
 Y si de Alcides coronó la frente  
 La antigüedad, porque limpió el inmundo  
 Establo de Augia, ¡ cuántas mas razones  
 Hay para que inmortal tú te coronas,  
 Pues has tu patria ya purificado !  
 Empeño reservado  
 Á tu constancia sólo,  
 En vano pretendido  
 De cuantos en tu cetro han precedido.  
 Ánimo, pues : yo cantaré gustoso  
 Á la sombra tendido  
 En tu Aranjuez, poblado de frondosos  
 Árboles, que respiran por las hojas  
 No de amor las congojas,  
 Pero sí tu gobierno esclarecido ;  
 Ni tus virtudes dejaré olvidadas,  
 Cuando cante las Indias conquistadas.  
 Corre, tiempo veloz. ¡ Oh insigne Cárlos !  
 Tus méritos yo propio he de cantarlos,  
 Yo seré tu poeta :  
 ¡ Oh Cárlos, gran monarca augusto y pio,  
 Oh Cárlos, dulce iman del canto mio !

## CORIDON.

Tente, Lucindo, espera : ¿ á qué regiones  
 Te remontas de Febo trasportado ?  
 ¿ De qué nuevo furor arrebatado  
 Tu espíritu se inflama ?

Un pastorcillo, que en menuda grama  
 Se recuesta á cantar, no así debía  
 Prorumpir con osada fantasía  
 En son de guerra, y tanto  
 Que entre las armas y el horrible estruendo  
 De las trompetas suena ya tu canto.  
 Paréceme, que oyendo tu zampoña,  
 Escucho la bocina resonante  
 Del ciego esmirno, que cantó inflamado  
 La cólera de Aquiles indignado.  
 Ó pienso oír absorto  
 Á esotro mantuano,  
 Que con favor del grande Octaviano,  
 Dejadas las camenas sicilianas,  
 Cantó con voz y espíritu divino  
 Las armas y el varon que á Italia vino.  
 O escuchar me parece  
 El estruendoso y bélico aparato  
 Con que suena la trompa de Torcuato.

LUCINDO.

No, Coridon, te espante,  
 Que yo á tu parecer tan alto cante,  
 Que un grande asunto heroico  
 No es posible cantarse bajamente,  
 Aunque un vaquero humilde hacerlo intente ;  
 Y estoy avergonzado,  
 Porque el objeto es mas que lo cantado.

CORIDON.

Pues ya que la academia  
 El trabajo tan bien, cual dices, premia,  
 Lucindo, á los zagales encargadas  
 Dejemos las vacadas,  
 Y vamos en su número á alistarnos,  
 Para en las nobles artes emplearnos.

LUCINDO.

Dices bien : vamos pues ; y tú, famosa  
 Academia feliz, por quien se allana  
 La juventud ardiente castellana  
 Á desterrar el ocio  
 Con el sutil diseño,  
 Que luego sirve al militar empeño,  
 Perdona la osadía

Del que si mas supiera, mas haria  
 Por sólo celebrarte.  
 Admite pues los rústicos loores,  
 Rústicamente dados  
 Del mayor de tus siempre apasionados,  
 Del menor de los árcades pastores.

---

## ELEGÍAS

---

### I. — Á LA MUERTE DE LA SERENÍSIMA SEÑORA DOÑA MARÍA LUISA, ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA, HIJA DEL SERENÍSIMO DUQUE DE PARMA.

¿ De cuál generacion será engendrado ?

¿ De qué tigre fierísima de Hircania  
 Habrá sido en su infancia alimentado ?

¿ De cuál dragon, de qué leon de Albania,  
 El que no sienta el corazon rompido  
 Del gran dolor que aflige hoy á Alemania ?

La tierra un mar de lágrimas ha sido,  
 Eco triste en los mόνtes no reposa  
 Repitiendo el suceso con gemido.

Murió Isabel, murió la mas hermosa  
 Beldad feliz, que en sus augustos lares  
 Produjo á Parma España belicosa :

La princesa de gracias singulares,  
 La hermosura del orbe idolatrada,  
 La ninfa celestial del Manzanáres.

¿ Quién creyera, que allí la muerte airada  
 Se atreviera á dar golpe no debido  
 Con su guadaña trémula afilada ?

¿ De qué á la tierna infanta le han servido  
 Las águilas feroces del imperio,  
 Ni de Francia el ejército temido ?

Ni la bastó á librar del cautiverio  
 El poder del gran tío, que se extiende  
 Desde este hasta el antártico hemisferio.

¡ Oh muerte inexorable ! ¿ qué te ofende  
 Nuestra vida, el gran bien de los humanos,

Que tu envidia usurpárnosle pretende?

Arrebataste con injustas manos,  
Y sin tiempo, la flor mas delicada,  
Que prometió los frutos mas lozanos.

Quedóse Europa atónita y pasmada  
Al ver tu crüeldad, y el caro esposo  
Llama en vano á la esposa regalada  
Sin alivio, esperanza ni reposo,  
Inconsolablemente el lecho frio  
Le es campo de batalla riguroso.

El alma exhala en uno y otro rio,  
Tiende los dulces brazos enseñados,  
Y sólo halla el lugar triste y vacío.

Los mancebos, dejando otros cuidados,  
Se conduelen, ó jóven, cuando clamas,  
Y atienden á tu lloro lastimados.

Las rubias trenzas (que de amor son llamas)  
Descompuestas, lloró el caso Viena  
Con los ojos azules de sus damas.

Las ninfas del Danubio, y las del Sena,  
Y aquellas del Eridano, que vieron  
Del loco Faeton la triste escena,

Señas de su dolor acerbo dieron  
Con llantos y suspiros encendidos,  
Que á los móntes sin alma enternecieron.

Llorad, Vénus, llorad ; llorad Cupidos,  
Y cuanto el orbe tenga mas hermoso  
Los juveniles rayos extinguidos.

El mismo dios de Amor triste y lloroso,  
Roto el arco, la aljaba sin provecho,  
La antorcha sin reflejo luminoso,

Hiere con tierna mano el blanco pecho,  
Muere de enojo, angustia y desvarío,  
Y aun es extremo corto al daño hecho.

Y vosotras, ó ninfas de mi rio,  
Que humildes la arrullabais en real cuna,  
Llorando acompañad el canto mio.

Vosotras, que lograsteis la fortuna  
De oír del tierno labio balbuciente  
Su voz angelical como ninguna,

¿ Cuántas veces la dió vuestra corriente  
Conchas, y caracolas, y corales,

Que fué su diversion tan inocente?

Vuestras anchas praderas desiguales  
Vieron armar sus ojos de atractivo,  
Que aun temieron los dioses celestiales.

Aquí empezó á vibrar el fuego activo  
De sus divinos ojos, que ya ahora  
De envidia á las estrellas son motivo.

Aquí cual la Diana cazadora  
Del Eurota en la márgen florecida,  
O del Cintio en la cumbre que el sol dora,

Ejercita las danzas divertida,  
Menospreciando amores y querellas  
De mil ninfas y vírgenes seguida.

Así con hermosísimas doncellas  
Estas riberas hizo afortunadas,  
Causando admiracion á las mas bellas ;

Y bordando las telas delicadas  
Con aguja sutil pintó la historia  
De su stirpe y empresas señaladas.

Con las alas abiertas la victoria  
De laurel coronaba á sus abuelos,  
De sus soberbios triunfos en memoria.

Pintaba los infieles por los suelos  
De nuestras armas al rigor llevados,  
Que auxiliaron tal vez los mismos cielos ;

Mas ya contra nosotros enojados,  
Mostraron su rigor severamente,  
Dejándonos de tanto bien privados.

Pero si algun remedio se consiente,  
Sólo es pensar que el alto firmamento  
Por astro la conserva eternamente.

Y postrados al regio monumento  
Verbena, apio, cipres y boj publiquen  
Por última fineza el sentimiento.

Y nuestros votos tímidos supliquen,  
Que el funesto lugar jamas se vea  
Sin lágrimas, que allí se multipliquen,

Y que la tierra al cuerpo leve sea.

II. — Á LA MUERTE DE LA REINA MADRE DOÑA  
ISABEL FARNESIO.

¿ Cómo es posible que permita el llanto  
Lugar para la voz? ¿ Cómo la pena  
Podrá calmar un poco en tal quebranto?

De lágrimas la tierra miro llena,  
Con suspiros y afan se enciende el viento,  
Quejido ronco en todo el orbe suena.

La invicta España con funesto acento  
Llorando está angustiada y dolorida,  
Rasgado el preciosísimo ornamento.

Sin su reina está ya muy afligida,  
Y trastornada la diadema augusta  
De tan grandes imperios guarnecida.

Del leon fiero la altivez robusta  
Yace mustia á sus piés aletargada,  
Con espantable faz, triste y adusta.

La Europa melancólica, enlutada,  
Tambien llorando, consolarla intenta;  
Mas no su afliccion es para aliviada.

El padre Tajo, en vista macilenta  
De sus ojos con túrbidas corrientes,  
Su muy triste raudal llorando aumenta;

Taray morado y hojas diferentes  
De negros olmos ciñen su cabeza,  
Trastornadas las urnas de sus fuentes.

¡ Oh Tajo! ¡ Oh Tajo! ¡ Oh bárbara aspereza  
De tus riberas lóbregas, adonde  
El oro con la arena se tropieza!

Funesto buho y cárabo responde  
Con agüero á mi voz: ¿ en dónde, dime,  
Mi gran reina augustísima se esconde?

¡ Oh muerte horrenda, de rigor sublime!  
¡ Oh! inexorable, injusta, temeraria,  
Bárbara, indigna, que á la vida oprime!

¿ Qué has hecho, fiero, á nuestro sér contrária,  
Furia implacable? ¿ sabes lo que hiciste?  
De todas tus crueldades la sumaria.

¿ Á la excelsa Isabela te atreviste.  
Á la heroína augusta y excelente,

Que en campo celestial de luz se viste?

Con esto has dado muestra solamente  
De ser rigurosísima tirana,  
Y de ser tu guadaña omnipotente.

El despotismo, que en la especie humana  
Ejerce tu impiedad, yo no creía  
Que alcanzase á mi reina soberana.

¿Quién pensara que tanta tiranía  
Se pudiera entender con tal persona,  
Y con quien tal rigor no merecía?

Á la alta, á la católica Belona,  
Que auu mas que de victorias, con ser tantas,  
Ciñó de sus virtudes la corona.

Á aquella heroica, cuyas régias plantas  
Besaron las mas bárbaras naciones  
En honor de las cruces sacrosantas.

Aquella, que de España los pendones  
Hizo mil veces tremolar triunfantes,  
Produciendo en el orbe admiraciones.

Sus hechos con trompetas resonantes  
Publicará la Fama en todo el mundo,  
Y atenderán los siglos mas distantes.

Cantará Apolo en ímpetu fecundo  
Las heroicas magnánimas acciones  
De su valor y espíritu profundo.

Ya les faltó el asombro á las naciones,  
Faltó su reina á la triunfante España,  
Extinguido el mayor de sus blasones.

Tú, muerte aleve, con injusta hazaña,  
Manifestate el ímpetu inclemente  
Del bárbaro poder de tu guadaña.

¡ Oh muerte inicua ! deja que reviente  
Mi dolor en baldones y en ultrajes  
Contra tu infame cólera insolente.

¡ Oh inicua, á decir vuelvo ! ¿ en qué parajes  
Del ámbito terrestre no lloraron  
El fúnebre rigor de sus carcajes?

Del Tajo las orillas resonaron  
Con eco femenil y tierno lloro,  
Y atónitas las hondas se pararon.

Donde entre el agua al mar vacía un tesoro,  
Y la augusta Lisboa se engrandece,

Se oyó llanto tristísimo y sonoro.

Y la alta Italia, que inmortal florece,  
¡ Cuántos suspiros desperdicia al viento!  
¡ Ay, cómo sin consuelo se entristece!

¿ Quién bastará á contar el triste acento  
Con que la ninfa real del Arno llora,  
Del Arno que resuena en fiel lamento?

Ni el Sebeto, ni el Pó pueden ahora  
Contener los dos pechos varoniles  
De aumentar su corriente brilladora.

Pero la suma de tus hechos viles,  
Mayor que el consentir que á Polixena  
Degüelle Pirro al túmulo de Aquiles,

Fué, parca horrible, con inmensa pena,  
De la hija amada, y en Saboya amable,  
Amortiguar la luz clara y serena.

Cuando no hicieras, muerte detestable,  
Mas que esta sola infamia, ella bastara  
Á acreditarte infiel y abominable.

¿ Cuál será el gran dolor de la hija cara?  
Dos vidas bellas una nueva impía  
Amenazando está con ira rara.

Huérfana está : ya no como solia  
La escribirá escribiendo tiernamente :  
¡ Ay, qué pesar! Querida madre mia.

¿ Habrá acaso furor, para que cuente  
De aquel dia fatal, triste y horrendo  
El lúgubre catástrofe inclemente?

Cuando la imágen de su horror tremendo  
Con pavor se presenta á mi memoria,  
Tiemblo de horror tal cosa refiriendo.

¿ Cuál ímpetu se atreve á la alta gloria  
De ser coronista dignamente  
De tan funesta y lamentable historia?

El Aranjuez sagrado y floreciente,  
Que un tiempo á las delicias lisonjero,  
Hizo que Chipre y Ménalo se afrente,

Con eco dolorido y lastimero,  
Al valle averno en quejas semejava,  
Y aun le excedió en martirio mas severo.

Es fama que la ninfa que se lava  
Del turbio mar de Antigola en las fuentes,

Entre el musco y verdin llorando estaba.

Y á las del real verjel tan excelentes,  
Ó envió sus aguas negras y sangrientas,  
Ó retiró del todo sus corrientes.

Las bóvedas fortísimas que asientas  
Sobre tus muros, inclito palacio,  
Sonando están con quejas muy violentas.

Así el de Dido, en muy pequeño espacio,  
Se anegó en lloro, y en clamor confuso,  
Cuando el hijo de Anquíses huyó al Lacio.

Y el alcázar de Troya, al ver intruso  
Tanto escándalo, al fin del engañoso  
Cercó que el griego ejército le puso ;

Cuando huyendo Polites presuroso  
Del rubio hijo de Aquíles implacable,  
Al padre anciano acude temeroso :

Y él con la espada argólica espantable  
En los brazos paternos le degüella,  
Y exclama ansioso el viejo miserable.

Y oyendo su justísima querella,  
De Hécuba el ruego, el lloro y el regazo,  
Y los sacros altares atropella.

No fué ménos crüel aquí tu brazo,  
Pérfida muerte, cuando de tal vida  
Cortó tu filo corvo el firme lazo.

Si el ser omnipotente y atrevida  
Quieres que te concedan los humanos,  
Haz que mas justa accion tal nombre pida.

¿ Por qué no echas del mundo á los tiranos,  
Que arman soberbios de traidor acero  
Las robadoras execrables manos ?

Este sí fuera triunfo verdadero,  
Limpiar de monstruos bárbaros el mundo,  
Restaurando el candor que hubo primero.

Mas ¡ privarle con ceño furibundo  
De su mas grande bien ! ¿ Cómo afrontada  
No te sumerge el bátrato profundo ?

¿ Qué te hizo mi gran reina ? ¿ Por qué airada  
Usaste tal rigor ? ¿ Qué te ha ofendido  
Toda Europa, que está desconsolada ?

Al monarca español te has atrevido :  
¿ No sabes que este golpe le ha tocado,

Y lo mas tierno al corazon le ha herido?

Ménos, ménos le hubieras perturbado,  
Si todo un mundo conmovido hubieras  
Con inmensas naciones conjurado.

¡ Oh la mas rigurosa de las fieras !

¡ Ah, cómo te arreptentes temerosa,  
Y te ocultas del Lete en las riberas !

Pero si sorda estás, ¿ cómo afrentosa-  
Mente te nombro, aun para abominarte?  
Bate las alas, y huye, negra diosa.

Y á ti, reina, me vuelvo : hoy quiero hablarte  
La vez postrera : Tú, tú te has huido,  
Que nadie se atreviera á molestarte.

¿ Adónde vas? ¿ Tan mal te hemos servido?

¿ Así dejas tus hijos y criados  
En desconsuelo y en eterno olvido?

Ya de madre los nombres regalados  
En la boca de Luis no escucharemos,  
De Luis, el Benjamin de tus cuidados.

¡ Ah, qué presentes tengo los extremos  
Con que á tu estancia sin entrar miraba!  
Nosotros consolarle no podemos.

Al rey tristes noticias le anunciaba  
Enternecióse el héroe poderoso,  
Y un mundo y otro atónito temblaba.

Fué aquí bien menester su portentoso  
Corazon. ¿ Callaré? Decidlo, Musas,  
Que no es tanto mi aliento sonoro.

Un mar fué el rio en lágrimas difusas :  
Tus nietos de pesar se desataron  
En quejas lamentables y confusas.

Los ojos de la infanta, que enseñaron  
Á amar honestamente, vi llorosos:  
Diluvios de los nuestros reventaron.

Y aquellos soberanos y amorosos,  
Con que hace en un mirar con señorío  
La deidad del Eridano, dichosos,

Templaron el espíritu y el brio,  
Y asomándose están lágrimas bellas,  
Como en la concha el oriental rocío.

La hermosa juventud de tus doncellas,  
Como las Drias por Orfeo en Hebro,

Con sus manos ajaron las estrellas.

La ninfa celestial, que yo celebro,  
Ya no atiende con párpados enjutos  
De mi canto amoroso al dulce quiebro.

Tus damas, ya arrastrando largos lutos,  
Los arrugan en lágrimas bañados ;  
Que estos te son justísimos tributos.

El muy fiel escuadron de tus criados  
Estábamos allí por los rincones  
Soñolientos, rendidos, trasnochados.

Las largas noches, llenas de aflicciones,  
Llevábamos á bien : ¡ Oh tiempo breve  
¡ Oh si duraras siglos á millones !

¡ Ay, cómo nos volvimos con pié leve  
Sin tí divisos, del dolor trasuntos,  
Cual grey sin el pastor, que paca nieve !

¿ Cuándo nos volveremos á ver juntos ?  
Sin duda no será hasta aquel gran valle  
Donde se juzguen vivos y difuntos.

¿ Para esto tanto afan ? ¿ Y que yo calle  
Será posible ? Que si el cielo puede,  
No quiere el cielo á mi alma alivio dalle.

¿ Despues de tanto afan esto sucede ?  
¿ Este es de nuestros males trabajosos  
El premio que la suerte nos concede ?

Cuando miro tus ricos y preciosos  
Ornamentos, y alhajas celebradas,  
Que harán á los monarcas envidiosos,  
Las piedras del Mogol tan estimadas,  
Sin poderme templar digo llorando :  
¡ Oh dulces prendas por mi mal halladas !

¡ Ah infiel memoria ! Yo me acuerdo cuando  
A tus augustos piés te las servia :  
¿ Por qué ahora no lo estoy ejecutando ?

¡ Quién usa de tan grande tiranía !  
¿ Así nos dejas, y te vas, Señora ?  
Ya escuchar no te agrada la voz mia.

Algun tiempo juzgástela sonora :  
Yo fuí tu cisne : ¿ quién me lo dijera,  
Que hubiese de cantar tu muerte ahora ?

Esta es, sin duda, mi oblacion postrera,  
En pago de mil bienes : ¡ Oh ! taladre

Mi angustia el corazon, y al punto muera.

Cantaré tu piedad mas que de padre,  
Pues tanta fué, que dudo agradecido,  
Si canto á mi señora, ó á mi madre.

Despues, augusta reina, que te has ido,  
No ha visto España el rostro á la alegría,  
Tiniebla por el cielo se ha esparcido.

Mi cítara perdió la melodía,  
Vuelta en lúgubre son, ronco mi acento,  
Ya no puedo cantar como solia.

¿Cuánto mandabas desde aquel asiento?  
Sacra historia, dame otra semejante,  
Veremos si es verdad lo que yo cuento.

¿Qué dirá Eresma fiel, cuando levante  
La cabeza en sus urnas recostada,  
Al verte así quien te miró triunfante?

¿Estos dones al Tajo enviar le agrada?  
¿Cuántas veces la vi (dirá) valiente,  
Desgreñando al bridon la crin rizada?

Cual Berecintia con torreada frente,  
Por Helesponto va en los frigos carros,  
Y en torno tanto dios su descendiente;

Así desenterrando los guijarros,  
En la caza la vi ensayar la guerra  
Que ejerció con alientos tan bizarros.

Grande amazona, ornato de esta sierra,  
Católica Cibéles parmesana,  
Y madre de los dioses de la tierra.

Miéntras dure la cumbre carpentana,  
Miéntras yo lave el túmulo reciente,  
Durará tu memoria en la fe humana.

¡Ah, cómo triste agüero bien patente  
Ominoso anunció tambien ruina,  
Si no fuese liviana nuestra mente!

Yo vi serpentear roja culebrina,  
Y un cometa : graznó con ronco grajo  
La siniestra corneja en hueca encina,

Donde se abrazan en el hondo bajo,  
Entre ova y limos (trasponiendo Apolo),  
Las ninfas de Jarama y las del Tajo.

Vi, yendo por el bosque triste y solo,  
Que las verdes doncellas levantaban

Un cristalino y grande mauseolo.

No entendí para quién le dedicaban ;  
Sólo oí con asombro, que llorando  
Las ninfas en el hondo susurraban.

Entónces vi, que una águila chillando  
Deja los tristes pollos con mancillas,  
Y se remonta al cielo revolando.

Atónito con tantas maravillas  
Quedé inmóvil con huella tembladora,  
Las lágrimas están en mis mejillas.

Divina Elisa : pues el cielo ahora  
Te consiente mirar el ancho suelo,  
Desde Cádiz al Gánjes, y la Aurora ;

Pues que te es dado interceder que al cielo  
Vamos á verte, ruega te veamos,  
Que es en tal pena el único consuelo.

Arboles mustios de marchitos rames,  
Fresca ribera, diáfana corriente,  
Grata una y otra á los silvestres gamos ;

Surtidor ronco de murmúrea fuente,  
Bosque opaco, palacio farnesino,  
Tibre romano, honor de aquella gente,

Vosotros, que pasáis por el camino,  
Al ver la alta pirámide espantosa,  
Suspéndete, extranjero peregrino.

Gran semideo, alto hijo de la diosa,  
Cárlos augusto, calma en tantas penas,  
No desmayes á España poderosa.

Vosotras, Gracias, dadme á manos llenas,  
En canastillos de purpúreas flores,  
Mirtos, aromas, lirios y azucenas.

Y tú, enseñado á trágicos amores,  
Pobre instrumento, queda eternamente  
Por lo cantado, no por tus primores,  
De un fúnebre cipres aquí pendiente.

III. — A LAS NIÑAS PREMIADAS POR LA SOCIEDAD  
ECONÓMICA DE MADRID EN LA DISTRIBUCION DE  
1779 (1).

¿Habéis ya, padres de la patria, dado  
El premio justo, el galardón debido,  
Que la virtud y el mérito han ganado?

¿Habéis ya con preseas distinguido,  
Y con preciosos dones este coro  
De vírgenes hermosas escogido?

¿Habéisle honrado con gritar sonoro,  
Venciendo sus elogios las arenas  
Del mar que baña desde el indio al moro?

¿Están de joyas y de gozo llenas,  
Como en Elis los fuertes luchadores  
De las pitias y olímpicas faenas?

¿Confiesa el mundo ya con mil loores  
Cómo el brazo español sabe igualmente  
Rendir monarcas, que ejercer primores?

Pues si nadie verdad tan evidente  
Hoy ya disputa, ¡oh sacra poesía!  
Baja del cielo á iluminar mi mente.

Baja, y dame tu voz, que este es mi día,  
Y si yo no levanto á las estrellas  
Á ese hermoso escuadrón, lo extrañaría.

Mi verso aspira á celestial por ellas,  
Por ellas soy en Maredit (2) nombrado  
El honesto cantor de las doncellas.

Y pues yo falto solo, y escuchado  
Soy, gremio excelso, y el oído inclinas  
Al eco que otra vez has celebrado;

Repito sus virtudes peregrinas,  
Como cuando á la cítara española

(1) Bajo este título, no muy conforme con su asunto, leyó el autor en 1779, pocos meses ántes de su muerte, esta composición, que merece conservarse siquiera por las muchas noticias eruditas que encierra sobre las antigüedades madrileñas. Púsole algunas notas aclaratorias, que ampliadas despues por nuestro amigo don Ramon Mesonero Romanos, reproducimos tambien como objeto de interesante curiosidad.

(2) Maredit, Majerit, Mantua ó Madrid.

Puse aquí cuerdas griegas y latinas.

Y porque no lo goces, Madrid, sola,

Y vuela su virtud por do triunfante

El pabellon de Cárlos se tremola ;

La amiga musa en patrio verso cante

À despecho de espíritus malignos,

Y de la envidia, que rabiando aguante.

Ya con influjos que vertió benignos

Sesgó el zodiaco iluminando Febo

Las doce casas de los doce signos :

Despues que á impulsos del honroso cebo,

De mano femenil vimos primores,

Que estimularon á trabajo nuevo ;

Cuándo la fama en ecos voladores

À nuevo empeño á la palestra llama

Al virgíneo escuadron y sus labores ;

Las niñas españolas, que la fama

À ejemplo de sus padres apetecen,

Arden en fiel pundonorosa llama.

De Minerva al estrépito se ofrecen :

Alzó la frente el patrio Manzanáres,

À quien lirios entre álamos guarnecen ;

Y vió, no sin asombros singulares,

En sus hijas la célica hermosura,

Con quien no es justo, ó Venus, te compares.

Vió la gala, el donaire y compostura,

La gracia inimitable que enamora,

Y alma mas que de humana criatura.

La pompa y garbo, y la invencion señora,

El modo, el atractivo y cuanto encierra

La extrema perfeccion encantadora.

No creeré que eran ninfas de otra tierra

Las que hicieron los dioses animales,

Y á las diosas con celos cruda guerra ;

Sino nacidas junto á los umbrales (1)

Que el rey Leon de Armenia un tiempo habita

Con pozos de agua dulce y pedernales.

Donde reina el esmero y exquisita

Discrecion y lindeza cortesana,

1) El rey don Juan el I<sup>o</sup> cedió esta villa al rey don Leon de Armenia año de 1383.

Con fuerza que arrebató y precipita.

No hechizos dieron en la edad anciana  
Las de Tiro y Sidon (1) mas halagüenos,  
Ni hoy belleza de Persia ó georgiana.

Si esto juzgáis de la pasión empeños,  
Confesadlo, extranjeros, abrasados  
Al volcan de los ojos madrileños.

Mas tales dotes, aunque no negados,  
No admiran tanto al carpentano rio  
Como el verlos tan bien aprovechados.

Pues sin virtud es todo desvario :  
¿Ni de qué sirve cuanto acopia el cielo  
En los mortales con influjo pio?

La virtud, el trabajo y patrio celo  
Movieron á las niñas inocentes  
Á la contienda y laborioso duelo.

Vinieron de los barrios diferentes  
De Mantua, emperatriz de entrambos mundos,  
Reina augusta y señora de las gentes.

Vinieron con semblantes pudibundos  
Las que habitan al austro, donde (2) lava  
Los piés el agua de árboles fecundos.

Ninguna de estas fué del ocio esclava,  
Y ántes que suba á la piadosa escuela,  
Diestra en tejer cordones, los acaba.

Ni las que miran de *justar la Tela* (3)  
Falta, ni las que están hácia los juegos (4)  
De Rufina y Campillo de Manuela.

Desde allí hasta la cuesta de los Ciegos,  
Y la calle (5) á quien dieron nombradía  
Perdida Ródas, fugitivos griegos.

Las que el cristal del Ave de María

(1) Ciudades de Fenicia, famosas por la púrpura *dibafa*, restaurada en España á costa de las investigaciones y desvelo de don Juan Pablo Canals, baron de la Vall-Roja, segun consta de las Memorias que ha publicado, como director general de tintes del reino.

(2) Barrio de Lavapiés ó Avapiés.

(3) Fuera de la puerta de Segovia, á la derecha.

(4) Junto á las monjas Trinitarias.

(5) Calle de Ródas.

Beben muy puro en misteriosa (1) fuente,  
Las de la nueva y viaja Morería.

Tambien vosotras, que el salitre (2) ardiente  
Veis destilar en el reciente hornillo,  
Y los baños (3) de fábrica reciente.

De la Huerta del Bayo (4) y del Cerillo  
Vienen, y del corral de las Naranjas,  
Y del moro Alamin (5) y hoy Alamillo.

Estas saben tejer flecos y franjas,  
Obra morisca, y saben que el juzgado  
Suyo allí estuvo entre el arroyo y zanjas.

Tú, labrador (6) divino, que has sacado  
De la Almudena el agua á maravilla,  
Como el trigo en su cubo reservado :

Enviaste de tu calle y la Vistilla  
Niñas honestas en virtud iguales,  
Y de los Torrejones (7) de la Villa.

Ni holgaron con el fresco en sus portales  
Las que de San Cebrian la antigua (8) ermita  
Buscan en torno, y no hallan las señales.

Ni del ciego Alcoran ven la mezquita (9)  
Que ya el apóstol príncipe mejora,  
Ni del maese (10) Hazan la obra exquisita.

Tambien llegaron á la primer hora  
Las del Cerrillo (11) de la Cruz, que atruena  
Con ridícula farsa que desdora.

(1) Fuente del Ave María, nombre dado por el beato Simon de Rojas á la calle y barrio de donde expulsó á las prostitutas, y por esto se llama de San Simon la calle que está enfrente de la fuente.

(2) Nueva fábrica de salitre, junto al portillo de Valencia.

(3) Baños de Berete.

(4) Del clérigo don Francisco del Bayo, junto al sitio que ocupa ahora el Casino de la reina.

(5) Allí estuvo el Alamin ó tribunal de moros.

(6) San Isidro.

(7) Junto á San Francisco.

(8) Entre San Sebastian y Santa Cruz, frente á la Trinidad.

(9) Hoy parroquia de san Pedro.

(10) Sólo se conserva en el hospital de la Latina una escalera y la puerta de este arquitecto moro.

(11) Hubo allí sobre un cerrillo una cruz, que dió nombre al corral hoy teatro.

Y de la plazoleta donde suena  
Sólo el nombre del Ángel (1), que es segura  
Méenos que aire la fabrica no buena.

Las de la fuente (2) que condujo el cura  
De Colmenar, se ofrecen placenteras,  
Y de la calle que por teson dura (3),

Y de la de las Conchas (4) ó Veneras  
Con su casa hospital de Peregrinos (5),  
Pues no hay vagas hipócritas romeras.

El profundo arenal (6), que dió caminos  
Al agua, y dió llanura, que no habia  
Tragando en sí los cerros convecinos,

Es ya calle que niñas mil envía,  
Y es casa (7) de doncellas laboriosas  
La que lo fué de vil mancebería (8).

Dos calles (9) remitieron presurosas  
De sus pueblas las castas inocencias,  
Y tres (10) Cavas sus hijas oficiosas.

Y el pretil y escarpadas eminencias  
Del Castillo (11) y Estudio, porque el moro  
Te llamó, ó Maredit, madre de ciencias;

Presentaron sus niñas con decoro,  
Que se admiran de oír en su barriada  
Cómo retumba el cóncavo sonoro.

Y es que allí la Alcazaba torreada

(1) Hubo allí ermita del Ángel de la Guarda.

(2) Fuente del Cura.

(3) Calle de Aunque-os-pese, Enhora-mala vayas, y Salpuedes, por las disputas que hubo sobre vender el terreno

(4) Casa de las conchas, que fué hospital de peregrinos.

(5) De ahí la denominacion de la calle, por dirigirse á dicho hospital.

(6) La calle del Arenal se terraplenó con lo que desmontaron de la de Jacometrezo y otras.

(7) En la calle de Toledo.

(8) La mancebía estaba en la calle de la Duda, frente á las covachuelas de San Felipe ya derribadas.

(9) Calles de la Puebla, nueva y vieja. Las Pueblas fueron hechas por don Joaquin de Peralta.

(10) Alta, Baja y de San Miguel.

(11) Donde está hoy la plazuela de Reveque y parroquia de San Nicolas.

Un tiempo fué del moro y el cristiano  
 Con minas (1), silos, cuevas y escapada,  
 Que duran á pesar del tiempo cano,  
 Y cuatro torres (2) en la casa antigua,  
 Obra real á estilo castellano.

Moslema (3) tuvo habitacion contigua,  
 Sabio astrólogo moro, en Majerito,  
 Que los hados futuros averigua.

Entre cercas de fuego en tal distrito  
 Al rey (4) hallaron los embajadores  
 Sobre un leon con ánimo inaudito.

Y por el aire y situacion mejores  
 Luego en la torre (5) de Hércules, robusto  
 Palacio deja que el dragon (6) esplora.

Y Cárlos quinto, emperador augusto,  
 La dió su nombre, y el que vive, y viva  
 Desde ella manda con imperio justo.

Decidiendo con rayo ó con oliva  
 De la suerte del orbe, y los mortales  
 Al universo que en su apoyo estriba.

Las que junto á las termas (7) minerales,  
 Que tuvo Majerit antiguamente  
 Con pilas de fogosos pedernales,

Viven, dejaron el metal luciente,  
 Ó calle (8) rica, que del trasmierano  
 Herrera ves la segoviana puente.

Y vinieron tambien del altozano,  
 Que fué campo del rey, hoy su armería (9),

(1) Hay allí profundas minas y escapes.

(2) Distintivo de casa real.

(3) Molesma, natural de Madrid en tiempo de moros. (*Biblioth. Arab. Hisp.*)

(4) Don Juan II, como lo dice Juan de Mena.

(5) La torre de Hércules, que luego se llamo de Cárlos V., es la del Parque en el antiguo palacio.

(6) Armas antiguas de Madrid.

(7) Debajo de donde hoy es casa de los Consejos estaban los baños de Madrid, en la calle de Segovia, mas abajo de la parroquia de San Pedro.

(8) Calle de Segovia y casas de Moneda.

(9) Allí estuvo el santuario de Nuestra Señora de la Caridad, que despues se unió á la cofradía de la Paz.

Y del porton de Balnadú (1) africano.

No las detuvo la alta valentía

Del gran Palacio, ni la nueva (2) puerta  
De Castilla, sus fuentes, y ancha via.

Ni el justo elogio dejará encubierta

La virtud de vosotras, que habitando

Junto al pozacho (3), trabajáis alerta;

Ni la que ve que ya no están manando

Los Caños del Peral, antiguamente

De Paraíso, queda en ocio blando.

Ó las que labran junto la eminente

Atalaya deshecha, que á su calle

Nombran de Espejo (4) equivocadamente

Ni á las que aparta el legamoso valle

De Leganitos con su alcantarilla (5),

Ya llana (6), teman que mi verso calle.

¡ Oh, monte espeso de la Ursaria villa,

Quinta del rey don Pedro, donde yace (7)

La luz del candilejo de Sevilla!

Tu gran barriada, que añadir le place

Al segundo Filipo en anchurosas

Calles que forma, y mil cruceros hace,

Envió niñas honestas y hacendosas,

Que hácia el ártico polo están mirando

Al dragon enroscado entre las osas.

Ni dejarán mis versos de ir loando

Las que, hechas las hazañas de su casa,

De Maravillas (8) vienen en fiel bando.

Y del Barquillo, término (9) que pasa

De Vicálvaro al tuyo, que algun dia,

(1) Puesta de Balnadú, estaba junto á la calle del Tesoro.

(2) Obras suntuosas del rey Cárlos III, puerta de San Vicente, camino de la Florida.

(3) Á la calle de los Tintes.

(4) *Speculum*, hoy del Espejo.

(5) Leganitos ó Leganés, quiere decir *huertas* ó *de las huertas*, de la palabra árabe *algannet*, *algannit*.

(6) De órden de don Manuel Ventura Figueroa, gobernador del consejo.

(7) En el convento real de Santo Domingo.

(8) Barrios de Madrid.

(9) Fué en Vicálvaro.

¡O patria humilde! en tierra fuiste escasa.

Aguardad, que ya va la musa mia  
 Á celebrar las de la Red (1), en donde  
 El ganado en un tiempo se vendia.

Ni en silencio pasarte corresponde  
 Gran (2) calle, anden de Olivo jebuséo,  
 Que hoy tanta régia máquina le esconde.

Tus hijas llegan con feliz deseo,  
 Que ven venir al sol del claro oriente,  
 Las damas de los toros y el paseo.

Ningun precepto hará que ya no cuente  
 Á las que suben de la Redondilla (3),  
 De mil ninfas verjel antiguamente;

Porque en el tiempo que ensanchó la villa,  
 Y fundó el monasterio (4) edificado  
 Del rio al paso en la juncosa orilla,

El Cuarto Enrique en el antiguo Prado  
 Hizo ruar las damas muy galanas,  
 Y allí su caballero amartelado :

Ellos en potros, y ellas en lozanas  
 Mulas con sus gualdrapas, andariegas,  
 Y con sillas jinetas y rudanas.

Mas aunque ¡ oh tiempo ! todo lo trasiegas,  
 No evitarás por mí ser alabadas  
 Las de otras calles, cuyo autor no niegas.

De Jácome de Trezo (5), y las barriadas  
 De Juanelo, del de Alba, del Bastero,  
 De las Urosas y las Maldonadas.

Muchas vienen tambien del Mentidero (6),

(1) Red de San Luis. Llamábanse *red* los parajes en que se vendia el pan y otros géneros, por estar dentro de rejas de hierro como en el peso real : así se decia red de las Velas el despacho de ellas junto al Rastro.

(2) Calle de Alcalá, antiguamente olivares.

(3) Aquí ruaban en tiempo de Enrique IV como en el Prado.

(4) El convento de San Jerónimo, que Fernando el Católico trasladó adonde hoy está.

(5) Calles de estos nombres.

(6) El Mentidero se llamaba en Madrid una plazoleta que habia con árboles en la que es ahora la entrada de la calle del Leon, entre esta y la de las Huertas.

De las Damas (1), plazuela de Moriana,  
 Eras de San Martín, que fué primero.

Los Fúcares de Jénova (2), y la anciana  
 Permision de los Francos, y de oriente  
 La abada horrenda (3), ú elefanta indiana,

Dan á sus calles nombre permanente,  
 Que hoy le afirman las niñas sus vecinas,  
 Con el de los Octoes (4) juntamente.

Y las que llenan alcarrazas finas  
 De agua en Puerta-Cerrada, y de Toledo  
 En la calle, San Juan y Cuatro Esquinas.

Suplid, señores, que olvidar no puedo  
 De Atocha la ancha estrada, y la pequeña  
 Calle del Niño, en que vivió Quevedo (5);

Ni la oculta plazuela (6), cuya leña  
 Allí trajeron mil carreterías,  
 Como el nombre en la calle nos lo enseña.

Los comuneros, en turbados dias  
 Por aquí vieron de la villa el foso  
 Contra la rebelión y tropelías.

Despues siguiendo el tiempo belicoso  
 El gremio la ocupó de broqueleros (7) :  
 Ya no usamos adorno tan honroso.

Las madres, que habitando en los cruceros,  
 De la Puerta del Sol ven el gentío,  
 Estruendo y confusion de forasteros,  
 No dejaron criar á su albedrío

(1) De las Damas y Primavera, que estaba junto al campillo de Manuela, adonde acudian á divertirse, como ahora en Chamberí.

(2) Los Fúcares fueron dos célebres hermanos contratistas en tiempo de Carlos II. Los francos formaban barriadas aparte en muchas ciudades de España, como Sevilla, Madrid, Valladolid, etc.

(3) La Abada era un animal monstruoso traído del Brasil por unos portugueses, que le enseñaban en la calle á que dió nombre.

(4) San Miguel de los Octeos ú ocho hermanos.

(5) Enfrente de la calle del Niño vivió Lope de Vega, y Cervántes en la esquina de la del Leon. Pudiera haberse dado á esta el nombre de Cervántes, de Lope á la de Francos y de Quevedo á la del Niño, recordando así la memoria de los primeros ingenios españoles que vivieron á distancia de muy pocos pasos.

(6) Plazuela de la Leña y calle de Carretas.

(7) Los fabricantes de broqueles vivian en la calle de las Carretas aun en tiempo de Carlos II.

Sus hijas, que en labores divertidas  
Hoy de aspirar al premio tienen brio.

No seréis en mis versos omitidas  
Las que de Santa Cruz en clara fuente  
Laváis manos en lana entretenidas.

Hubo aquí gran laguna antiguamente  
De Lujan, del vicario aquí la audiencia,  
Hoy la torre soberbia y eminente.

Del alto capitel, y la eminencia  
Se ven llegar las niñas, sin castigo,  
Se admira sin los años la prudencia.

Desde el piadoso (1) albergue del mendigo  
Al altillo de Losa (2), y hasta donde  
Gil Imon (3) de la Mota abrió postigo.

Y en fin, la muchedumbre que se esconde  
En esta régia Babilonia hispana  
Al superior influjo corresponde.

El blando lino, la preciosa lana,  
Que al refino Meléndez (4) fué tarea,  
Y en Segovia amarró (5) la flota indiana ;

La hebra que al espadar mas hermosea  
Dada al desgargar de los viciosos  
Cañamares, que huelen á ajedrea ;

Fueron los materiales : con ansiosos  
Impulsos una y otra lo arrebatá,  
Pone el copo con actos bulliciosos.

La seña espera á su deseo grata,  
Y en sendos tonos, que en la sala habia  
El ímpetu de todas se desata.

Allí se ve el afán y la porfía,  
La noble emulacion, y volteando  
Los rodetes sonar con armonía

La mano, el pié, la vista, el dedo blando,  
El brazo, el pecho casto y anhelante,

(1) En real Hospicio.

(2) Estaba fuera del portillo ó puerta de la Vega. Esta era en lo antiguo la de Segovia, y la llamada ahora de Segovia era la de la Vega por su salida á ella.

(3) Fiscal del consejo, y despues presidente de hacienda.

(4) Paño refino de Meléndez, insigne fabricante antiguo de Segovia.

(5) La flota esperaba hasta que Segovia enviaba sus paños.

Sin tregua ni descanso trabajando,  
 Cual enjambre de abejas susurrante  
 Que en la fuente (1) Locaya á las riberas  
 Del Arlas (2) liba el toronjil fragante.

No hay doncella laconia á quien pudieras  
 Comparar su virtud, hilando lana,  
 Que en púrpura dos veces la tiñeras.

Así serian en la edad anciana  
 Del buen Garcian (3) Ramírez ambas hijas,  
 Que amparó la de Atocha soberana.

Ellas insisten al trabajo fijas  
 Con teson incansable porfiado,  
 Acusando las horas de prolijas.

Quien al brazo español ha sindicado  
 De lento, admire y su opinion desmienta,  
 Ó á otra causa lo achaque, si ha acertado :

Que ya mi tropa femenil contenta  
 Dió fin á la carrera comenzada,  
 É intrépida, aunque honesta, se presenta.

De amantes curadores escoltada  
 Viene con su labor por la corona  
 Tan dignamente en tal edad ganada.

De la ancha plaza el término abandona,  
 De doña Nucla el Pozo (4) atras dejando,  
 Que de Isidro los méritos pregona.

El gremio virginal camina entrando  
 Ya por la puerta de Guadalfajara  
 Por do entró Alfonso (5) á hollar el moro bando.

No fué mayor la grita y algazara,  
 Cuando á su rey sirviendo generoso,  
 Entró á alzar el pendon en su almenara.

Y á ser primer alcaide (6) valeroso

(1) Fuente Locaya, en la Alcarria, junto á Pastrana.

(2) Arlas, riachuelo que entra en el Tajo.

(3) Caudillo de Madrid en tiempo de moros. Esto alude á una fábula inventada por los forjadores de los falsos cronicones.

(4) Nucla ó Nufla, lo mismo que Onofra. En la calle Mayor, portal de San Isidro, por haber hecho el santo allí un pozo en los portales que se derribaron de 1841.

(5) Alfonso IV ganó á Madrid por la puerta de Guadalajara año de 1085.

(6) El Cid fué primer alcaide de Madrid.

Con Babieca y Tizona relumbrante  
Rodrigo de Vivar el victorioso.

La hermosura pueril sigue adelante,  
La preciosa arte de la platería  
La rinde al paso el oro y el diamante.

Llegan al atrio, en que (1) se reunía  
El reino en córtés, y se amenazaba  
Al bárbaro poder de Andalucía.

Torre (2) que vió la majestad esclava  
Dejan, ¡ ó patria ! y suben al asiento  
Donde el concurso amplísimo esperaba.

Osténtase el magnífico aposento  
En el Alcázar (3) de Madrid la Ursaria,  
Que terrones (4) de fuego es su cimiento

La arquitectura y compostura vária,  
Y el real follaje del dosel augusto  
Del que es noche y aurora tributaria ;

Todo respira amor, respeto justo :  
Aquí está el patriotismo entronizado  
Sobre el ocio vilísimo y adusto.

Aquí están las virtudes, el sagrado  
Templo aquí tienen, y la envidia calle  
De próceres insignes frecuentado.

La Musa el nombre en claro verso entalle  
Del (5) que dirige en la primera silla  
Con guirnaldas de lirios de su valle :

Del pretor (6) justo de la imperial villa  
Del pontifice (7) ilustre toledano,  
Y el gran (8) jurisconsulto de Castilla.

Todos admiran de la tierna mano  
rimores increíbles, todos sienten  
Que es corto premio aun el tesoro indiano.

Ellas que el ocio é interes desmienten.

(1) En la lonja que había delante de la iglesia de San Salvador se celebraron córtés.

(2) En la casa de los Lujanes, donde estuvo Francisco I.

(3) Casas de ayuntamiento de la Villa.

(4) Por fundarse sobre pedernal.

(5) El marqués de Valdelirios, director.

(6) Don José Antonio de Armona, corregidor de Madrid.

(7) El Sr. Lorenzana, arzobispo de Toledo.

(8) Campománes.

Sólo de honor el noble pecho lleno,  
Ni otra palabra articular consienten.

Aquí la aclamacion, ya el freno,  
Retumbó por las bóvedas zumbando,  
Y el ruido extiende á imitacion del trueno.

Si es lícito decirlo, como cuando  
Al prado baja la divina Luisa (1)  
Con las gracias en torno revolando :

Que el pueblo denso con amante prisa  
Corre ; ni el gran tropel de los ardientes  
Caballos rompe la lealtad sumisa.

Alzan alegre voz todas las gentes,  
Las subterráneas minas escucharon  
Los ecos de clarines diferentes.

Timbales y plateles resonaron  
De música albanesa, que en Sicilia  
Los valientes (2) de Alcántara ganaron.

Que así aplaude la hispánica familia  
Á su princesa, que con real belleza  
Los ánimos de todos se concilia.

Y ella en carroza de oriental riqueza  
Va estimando finezas tan extrañas  
Con tanta majestad, y tal grandeza,  
Cuanta infunde esperar de sus entrañas  
Un magnífico príncipe heredero  
De dos mundos, dos Indias, dos Españas.

No es menor el aplauso verdadero  
De la sociedad régia, que ha amparado  
El que fué entre los Cárlos el Tercero.

¡ Sacro Señor ! habiendo pronunciado  
Tan portentoso nombre, ¿ quién pudiera  
No ser de humilde amor arrebatado ?

El respeto perdone : la alta esfera  
Resuena con aplausos repetidos

(1) La princesa de Astúrias doña María Luisa, mujer del príncipe, despues rey de España, don Cárlos IV, la cual por sus bellas maneras y esmerada instruccion recibida en Parma, se granjeó entre los españoles gran popularidad que desgraciadamente perdió despues.

(2) El regimiento de caballería de Alcántara, á quien se agregó el de Bravante.

Del pueblo que por númen os venera.

El Dios de los ejércitos, crecidos  
Premios dé al celo y religion constante,  
Dignamente por ella merecidos.

Eche su bendicion, que al Orco espante  
Sobre vuestras fortísimas legiones,  
Y poderosa armada fulminante.

Y, ó ninfas inocentes, oblaciones  
Al cielo dirigid, por quien merece  
Ser dueño universal de las naciones.

Agradecedle el premio que os ofrece,  
Ya veis lo que es virtud, y su alto vuelo  
Hasta dónde arrebatada y engrandece.

Ya veis : por ella elogio á vuestro anhelo :  
Sin ella, ¿ cuándo fuerais en tal dia  
Con versos levantadas hasta el cielo ?

No desmayéis, que ya la musa mia  
Dulces epitalamios os empieza,  
Pues sigue á tal afan casta alegría.

Ya no cantaré mas el aspereza,  
La rota fe é ingratitude horrible  
De una inconstante y bárbara belleza :

Sino el valor y aplicacion plausible  
De vuestro pensamiento generoso,  
Y vuestra educacion irreprehensible,  
Dichoso el tiempo que aplicáis, dichoso  
Al que le déis la nunca ociosa mano  
Con el nombre amantísimo de esposo.

Mayor felicidad al reino hispano  
Dará vuestra labor, que la que pende  
De la inestabilidad del Océano (1).

Y pues la patria á vuestro premio atiende,  
Trabajad, levantando al alto cielo

(1) Uno de los mayores beneficios que obtuvo España del reformador reinado de Carlos III, fué el establecimiento de las sociedades llamadas patrióticas ó económicas de amigos del país, sobre la base en que el conde de Peñaflorida fundó en Vergara la vascongada en el año de 1765. Moratin fué uno de los primeros socios de la de Madrid, contribuyendo á los saludables fines de su instituto, no sólo con sus elogios poéticos que leía en sus juntas generales, sino tambien con otros trabajos de no leve importancia en el seno de la sociedad. (Véase su vida.)

Súplica humilde, que los aires hiende.  
 Pedid que de esta patria el santo celo  
 Se logre pronto, y que con pompa altiva  
 La paz afirme por el ancho suelo,  
 Sus armas triunfen, y que Cárlos viva.

## SÁTIRAS

### I

Satírica la musa castellana,  
 Al tiempo que riéndose la Aurora  
 El oriente pintó con oro y grana,  
 Se me ofreció á la mente : á aquella hora  
 Bajaba á los antípodas huyendo  
 La noche de pesares causadora.

Entónces en el lecho revolviendo  
 El cuerpo, de estar quieto ya cansado,  
 Á sueño mas gustoso me encomiendo;  
 Porque el sentido apénas embargado  
 Fué en dulces suspensiones de Morfeo,  
 La musa imaginé ver á mi lado.

Era la bella ninfa, á lo que creo,  
 Tan extraño portento de hermosura,  
 Que aun no la juzgó tanto mi deseo,  
 De sus cándidos miembros la blancura,  
 La riqueza pomposa del vestido  
 Bizarro con airosa compostura,

Me dejaron del todo persuadido,  
 Que no es tosca la sátira, ni fea,  
 Si su influjo á buen fin va dirigido

La mirra de Ceilan, y la orontéa  
 Sus dorados cabellos exhalaban,  
 Que presumen vencer la luz febéa,

Por la espalda brillando la ondeaban  
 Con alarde hermosísimo y prolijo,  
 Y el cuello ebúrneo de oro perfilaban.

Al fin en mí poniendo el rostro fijo:

Voz sonora, dulcísima y divina,  
Por boca de corral sacó, y me dijo:

Pues ¿cómo tu pereza así imagina  
Ceñirte del laurel gloriosamente,  
Que á tus sienes el cielo le destina?

No el premio se consigue ociosamente,  
Ni Apolo con el árbol ha adornado  
De Dafne infiel la no cansada frente.

El furor que en tu pecho ha derramado  
Fué para que solícito en su enmienda  
Fuese al mundo por ti comunicado.

Y así de otra manera nadie entienda,  
Que asiento ha de lograr en el Parnaso,  
Por mas que con dineros lo pretenda.

La dádiva del cielo no fué acaso;  
Y pues fecundidad te ha concedido  
De númen, aunque humilde, nada escaso,

Tu aliento vuelve ya mas atrevido,  
Y á tu patria, del vicio infiel morada  
Amedrenta con cínico ladrido.

Pues no bastó la cómica jornada,  
Ni el calzarte el coturno sofocléo,  
Para que la virtud fuese estimada.

Ejecuta los fueros de tu empleo,  
Pinta de la maldad que la sujeta,  
Lo infame, lo ridículo y lo feo.

Que estas son del dignísimo poeta  
Justas ocupaciones, y su verso  
Reduce la república á perfeta.

Sólo para enseñar al universo  
Con dulzura, á él el cielo os ha enviado,  
Terror del ignorante y el perverso.

Ni temas contra el vicio ser osada;  
Porque yo en nombre suyo te aseguro  
La noble proteccion del magistrado.

Vuelve los ojos, vuelve al patrio muro,  
Verásle en mil errores sumergido,  
De los cuales sacarle yo procuro.

¿No adviertes entre el tráfago y ruido,  
Que la hispana metrópoli alborota,  
El noble y el plebeyo confundido?

¿No ves que la verdad está remota,

Porque de tus patricios la enajena  
La envidia que veneno infernal brota ?

¿ No adviertes cómo audaz se desenfrena  
La juventud de España corrompida  
De Calderon por la fecunda vena ?

¿ No ves á la virtud siempre oprimida  
Por su musa en el cómico teatro,  
Y la maldad premiada y aplaudida,

Y desde el Tajo aurífero hasta el Batro  
Está vuestra nacion desestimada,  
Porque así lo quisieron tres ó cuatro ?

¿ No ves el arte cómica ignorada,  
Y si la accion empieza en Filipinas.  
En Lima ó en Jetafe es acabada ?

¿ No ves, no ves salir de las cortinas  
Cosas que ni en el mundo han sucedido,  
Ni pueden, si con juicio lo examinas ?

¿ No ves cuál ignorancia ha ya cundido,  
Y que con desvergüenza ya penetra  
Aun lo mas reservado y escondido ?

¿ No ves que el no saber, ni aun una letra,  
En las damas es hoy lo que mantiene  
El aire y presuncion de petimetra,

Y en su conservacion á cuento viene  
Sólo el corsé, la bata ó la basquiña,  
Que la amiga prestada ó propia tiene ?

¿ No ves que no hay quien su desórden riña,  
Por no desazonar, como ellos dicen,  
Los chistosos gracejos de la niña ?

¿ Que aguantan que su cuerpo martiricen  
La cotilla, el zapato, el sufocante,  
Hasta que de apretados se destricen ?

¿ No ves que el que se precia de su amante  
Por méritos alega monerías,  
Para que en sus favores adelante ?

Exceden en suspiros á Macías,  
Hacen vil profesion de lisonjeros,  
Y así pasan las noches y los dias.

Y aquellos que se precian de mas fieros  
Y valientes, pretenden por vilezas  
El titulo de fuertes y guerreros.

Vilmente eucenagados en torpezas

Frecuentan las zahurdas, que oyen sólo  
Sacrilegios, blasfemias é impurezas.

No solicitan ver el otro polo,  
Ni del indio los climas apartados  
Debajo de los trópicos de Apolo.

Ni tampoco á los libros dedicados  
Buscan la heroicidad que las historias  
Publican del valor de sus pasados.

Pues siendo estas verdades tan notorias,  
El extenderlas ¿ cómo no á tu verso  
Dará contra los pérfidos victorias ?

Veráse avergonzar todo perverso  
Al escuchar patentes sus maldades  
Por tu númen en todo el universo.

Estas son propiamente heroicidades :  
Rendir los indomables corazones,  
Como rendir batallas y ciudades.

No te excuses con tímidas razones,  
Jóven incauto, que si me obedeces  
Haré que con laureles te coronas.

Así dijo la Musa : yo mil veces  
La quise replicar ; pero escondióse  
Del sueño en las fingidas lobrequeces

Y viendo que no es fácil que yo ose  
Resistirla, á su mando me someto :  
Satírico mi númen inflamóse  
Contra el vicio ; mas no contra el sujeto.

---

## II

¿ En este siglo, Fabio, imaginabas  
Hallar el lustre y esplendor antiguo,  
Que en los doctos varones admirabas ?

¿ Juzgabas que tuviesen ahora abrigo  
Las obras de los inclitos autores,  
Que celebraste alguna vez conmigo ?

De todas ciencias sabios profesores  
Lograron suspender el universo,  
Desde el pastor idiota á los doctores.

Ahora está, Fabio, todo tan diverso,  
Que sólo por ser bueno desagrada

Prosa elegante ó sentencioso verso.

Disputa el labrador sobre la armada;

Juzga el soldado, porque fué su vida

Sólo en vender cigarros empleada,

Que puede gobernar la esclarecida

Ibera monarquía, que ha dejado

El cielo al grande Cárlos sometida;

El mercader, que está desocupado,

Desde su mostrador con magisterio

El consejo gobierna y el estado;

Pone severa ley al ministerio,

Y trata con despego y sin caricia

Á los hombres mas grandes del imperio.

Todo es, Fabio, soberbia é impericia.

Nadie quiere bajarse á aquel que sabe,

Que lo tiene por mengua su malicia.

Reina en el siglo mas maldad, si cabe,

Que lloró Roma en tiempo del lascivo,

Digno de que la fama no le alabe.

Á todo la ignorancia da motivo,

Y á aquel que entre unos y otros mas disputa,

Le juzgan digno del laurel y olivo.

Aplauden la comedia disoluta,

Que mas se extiende en aprobar el vicio,

Y hace amable la vida resoluta.

Mas la que enlaza el cómico artificio,

Y aplaude las virtudes, reprendiendo

Los yerros, que nos sirven de perjuicio;

En que castiga al áspero y horrendo

Traitor, ó al alevoso fementido

Con suplicio crüel su error tremendo;

Ó vitupera al falso y atrevido

Amante engañoso, y premia en ella

Al virtuoso, al cuerdo y comedido;

No sólo no se admite, se atropella,

Se desprecia, se infama, y aun acaso

Contra el autor se forma una querella.

¡ Oh triste ! ¡ Oh triste, ó lamentable caso,

Que á la virtud triunfante y gloriosa,

La han de cerrar en toda parte el paso !

¿ Qué mas imaginara la ambiciosa

Libertad de Aristipo, que fundaba

En deleites la gloria venturosa ?

¿ Qué mas se vió en el tiempo que reinaba  
La barbaridad fiera, que el pagano  
Pueblo gentil feroz representaba ?

Daba muerte crüel violenta mano  
Al que supone con accion fingida  
Ser él el delincuente ó el tirano.

No hay tan fiera maldad, ni aborrecida,  
Que les causase horror, y vivamente  
Se miró en el teatro repetida.

Teatro fué de vicios claramente,  
Y se gloriaban todos, y gozosos  
Del peligro se holgaban inminente.

No se ven ya delitos tan odiosos  
En las tablas, veridicos, ni horribles,  
Espectáculos torpes, sanguinosos.

Pero se ven premiadas insufribles  
Maldades, latrocinios y horrorosas  
Acciones, dignas de un furor terrible.

Pintanse en ellas con las primorosas  
Frasas que Demóstenes ha ignorado,  
Falsas á las virtudes mas hermosas.

Con retóricas voces explicado  
Disimulan el vicio apetecido,  
Y hacen amable aun el mayor pecado :

Lo doran con tan vivo colorido,  
Que pervierten sus voces á la honesta  
Doncella, y al mancebo inadvertido.

Mas ¿ qué admira maldad tan manifiesta,  
Si en España no tienen mayor arte,  
Que la imaginacion mas descompuesta ?

Arrima los preceptos á una parte  
Quien pretende escribir una comedia,  
Y en tres jornadas ó actos la reparte.

Finge ser el principio en Nicomedia ;  
Y acabando el suceso en Barcelona,  
En Filipinas ó en Tetuan la média.

Una fábula inventa fanfarrona,  
En que agradando al público profano,  
La moral instruccion y arte abandona.

Hace al galan soberbio é inhumano,  
Espadachin, sofistico, embustero,

Jugador, jurador, falso ó liviano,  
 No le falta un amigo y compañero,  
 Que agregados los dos, á cuchilladas,  
 Se burlan del alcalde mas severo ;  
 Persiguen las doncellas y casadas  
 Con escándalo horrible, profanando  
 Las casas mas honestas y guardadas  
 Pone un tercero y cuarto de otro bando,  
 Opuestos á los dos antecedentes,  
 Con quien se andan continuo acuchillando.

El barba es de los viejos mas valientes,  
 En las leyes del duelo ejercitado,  
 Ejemplo de los hombres imprudentes.

En lugar de ser cuerdo, es arriscado,  
 Que enseña á los mozuelos con afrenta,  
 No la virtud, el duelo endemoniado.

Bajo un honesto velo representa  
 Una dama gallarda y soberana,  
 Que hasta del amor casto vive exenta ;

Y luego se descubre mas profana,  
 Mas desenvuelta y mas provocadora  
 Que la lasciva emperatriz romana ;

Mas que la incasta reedificadora  
 De los muros de Tébas, y que aquellas  
 Rameras torpes Lamia, Tais y Flora.

¡ Qué honesto ejemplo para las doncellas  
 Que dóciles é incautas asistiendo,  
 Les dan motivo de seguir sus huellas !

¡ Qué consejos les da el estar oyendo  
 Premiados como gracia esclarecida  
 Su desenvuelto proceder horrendo !

Ve allí la libertad apetecida  
 La mas honesta dama y recatada,  
 Y aplaudirse la infame y libre vida.

La autoridad paterna despreciada  
 Y sacar á pesar de sus parientes  
 La dama de la casa mas guardada,

Los papeles, los ruegos indecentes,  
 Los criados, amigos, los terceros,  
 Las viejas alcahuetas imprudentes,

Ocultar en la casa hombres solteros,  
 Y perdiendo el decoro y el recato,

Hacerles mil cariños lisonjeros.

Allí se aprende el licencioso trato,  
La vanidad, soberbia escandalosa,  
Y el horrible y fantástico aparato.

Pues ¿qué dirás, si notas la furiosa  
Dura imaginacion disparatada  
Falsa, además de ser tan perniciosa?

No aparente verdad representada  
Verás, ni una accion sola en una pieza,  
Que en un lugar y tiempo sea acabada.

Acaba en Flándes, si en Madrid empieza :  
Pásanse años á cientos ó millares,  
Y la una accion con la otra se tropieza.

Las antiguas costumbres populares  
Se mezclan con las nuestras mas modernas,  
Mas estimadas, cuanto mas vulgares.

Los que al principio son personas tiernas  
En el medio son jóvenes crecidos,  
Y al fin (por vejez ya) tiemblan las piernas.

En distintos lugares divididos  
Se hablan dos personajes claramente,  
Cual si estuvieran en un cuarto unidos.

Un lacayo verás ser muy prudente,  
Y si no toma el amo sus consejos,  
Arquear las cejas y arrugar la frente.

Verás ser imprudentes á los viejos,  
Y aprender los mancebos las maldades  
De los que ser debieran sus espejos.

Infinitas verás impropiedades :  
Las damas hacer de hombres, y los hombres  
De damas, y otras mil deformidades.

Á Terencio y á Plauto no los nombres,  
Que hay ignorante aquí que los desprecia,  
Por ser su estilo llano : no te asombres.

Es la cultura lo que mas se aprecia,  
Y las frases que nadie comprehende  
Se aplauden mas que el vidrio de Venecia.

Ni basta al necio ver que no lo entiende,  
Y dice mesurado : otros varones,  
Á quien la ciencia mas que á mí se extiende,

Perciben del concepto las razones,  
Sin conocer que es falta de doctrina

No saber concordar las oraciones.

Á lo que el poetastro mas se inclina,

Y toma por preciso y fijo norte

(Porque que somos todos imagina,

Como una labradora de vil porte,

Que se admira de ver con plata y oro

Las galas de las damas de la corte),

Es á llenar de máquinas el foro,

Y en lúcido teatro suntuoso,

Mostrar de las tramoyas el decoro.

Es su cuidado hacerle así vistoso,

Y el ignorante juzga primor suyo

Lo que á otro le ha quitado su reposo.

Mas vale, Fabio amigo, un verso tuyo,

Que habla en claro lenguaje castellano,

Que cuanto en estos con razon arguyo:

Y así no olvides, no, no des de mano

Tu númen hechicero, que enajena

Á quien oye tu plectro soberano,

Haciéndole olvidar la propia pena.

### III

No callo, aunque me estés amenazando ;

Ya que he empezado, proseguirlo quiero,

Porque por escribir estoy rabiando.

Es ser uno holgazan ó majadero

No escribir hoy cuando hay tantos autores

Que les falta impresor, venta y librero.

Con carteles pequeños y mayores

En postes, en esquinas y columnas

Entretienen las horas los lectores.

Por fachadas, ya breves, ya importunas,

Con obras y volúmenes convidan,

Buenas y malas, y medianas unas.

Sin que varios acasos se lo impidan

Alguno piensa, y piensa bien á veces,

Pues logra que sus números se pidan.

Á otro rompiendo cinchas y jaeces,

Baliya y postillones semanarios,

Desde Lóndres despachan sus jüeces.

Máximas bellas, con arbitrios varios  
 Le remiten de Europa los correos,  
 Que le traen desde Estranja los diarios.  
 Prométase ya el rústico trofeos,  
 Si no ama, no desprecie la estafeta,  
 Que á lo ménos son nobles sus deseos.  
 Uno metido á huron todo interpreta,  
 Otro quitar abusos determina,  
 Y otro, amigo del público, se afecta.  
 Hay quien observa, y hay quien adivina,  
 Y otro escribe al cortejo el catecismo  
 Con sal, con gracia delicada y fina.  
 Sale el montante por el tiempo mismo,  
 Misceláneas políticas instables,  
 Porque luego padecen parasismo.  
 Máximas religiosas y loables  
 Nos da la pensadora Gaditana,  
 Anónima con faldas respetables.  
 Uno á escribir sin título se allana,  
 Otro sueña, á Feijóo comenta alguno,  
 Y va todo á parar á la aduana.  
 El hablador discreto, no importuno,  
 Dió cimiento y materia á este edificio  
 Entre los literatos cual ninguno.  
 Pues siendo el escribir ya casi oficio,  
 ¿Por qué no podré yo como cualquiera  
 Dar de mi suficiencia algun indicio?  
 Porque si un poco alabancioso fuera,  
 Mis actos positivos mostraria,  
 Como dicen los hombres de carrera.  
 Antes de verte, ó sacra poesía,  
 La férula sufrí, y á Quintiliano,  
 Demóstenes y Tulio vi algun dia.  
 El rápido Jalon bilbilitano,  
 Con el Jiloca, de Marcial espejo,  
 Filósofo me vió, malo ó mediano.  
 Á Aristóteles vi con sobrecejo,  
 Por ser en lo moderno la gran moda,  
 Aunque no lo merece el pobre viejo.  
 Pues ni Descartes, ni la turba toda  
 De alumnos hacen mas que solamente  
 Mudar nombres, segun les acomoda.

Pero es lo cierto, amigo, que se miente  
Sin límite, y que sólo hemos hallado  
De alguna cosa luz escasamente.

Añádase, que ya me he electrizado,  
Y que vi á un ratoncillo, cuya vida  
La máquina neumática ha chupado.

Por tubos de larguísima medida  
Los átomos he visto desiguales,  
Con que es la aguja del iman traída.

Hasta el instinto vi á los animales.  
Y si un dedo es mas largo el telescopio,  
Quizas viera las almas racionales.

Vi un cuerpo evaporar del modo propio,  
Y algun otro secreto yo escudriño,  
Como aquel de las tubas de Falopio.

Vi la Instituta, siendo casi niño.  
Y oí leyes de Pincia en el Liceo,  
Explicando en la cátedra Patiño.

Pues aunque es evidente que poseo  
Tanta ciencia como hombre acaudalado,  
O como cualquier mulo de acarreo ;

No obstante, es uno siempre respetado,  
Pues le juzgan un Séneca famoso  
Con estos perendengues adornado.

Y no juzgues que tanto vanidoso  
Con relacion de méritos impresa,  
Con grados, y tabaco fastidioso,

Es segundo Crisóstomo por esa  
Sola razon : pues no hay que dar fe alguna  
Á lo que á un escribano le interesa.

Si medito estas cosas una á una,  
¿ Por qué no he de dar yo mi arremetida  
Á probar con los otros mi fortuna ?

Su casa á nadie le es mas conocida  
Que á mí de Cobadonga las montañas,  
Donde fué la morisma rebatida.

La historia sé muy bien de las Españas,  
Y tambien los apócrifos autores,  
Que lo fueron de enredos y patrañas ;

Pero no están de suerte los humores  
Que pueda prometerme algun aprecio,  
Si me remonto á empresas superiores ;

Porque ¿ qué hombre de bien, aunque mas necio  
Si escribe, no hará sátiras ahora,  
Persiguiendo á los vicios con desprecio ?

Pues ¿ cuándo la cosecha dañadora  
De este género fué tan abundante  
Como la de esta edad, que el cuerdo llora ?

¿ Quién sufrirá ver ir tan relumbrante  
Lleno del barrigon de Celestino,  
Su forlon, que á cubrirle aun no es bastante ?

Yo bien me acuerdo cuando á Madrid vino  
Vestido de sayal, acompañado  
Con los mozos que pesan el tocino.

Canales en mi casa ha destazado,  
Y ya cuando me ve, si es que me mira,  
Aun no me corresponde saludado.

¿ Á quién no ha de encender en mortal ira  
Tal caterva de críticos, que al templo  
De la sapiencia impunemente tira ?

Con indignada admiracion contemplo  
Tanto herir y enseñar con su censura,  
Y no dar una muestra para ejemplo.

Soy la mas desgraciada criatura  
Que se halla desde Antártico á Calisto,  
Y ménos de los críticos segura.

Yo estuviera de todos muy bien quisto,  
Si solamente criticado hubiera,  
Y mis dramas ninguno hubiese visto.

Lo que hacen estos guapos, yo lo hiciera,  
Tirar sobre seguro, sin recelo  
De que nadie á mis obras rebatiera.

Muchos me encaramaran hasta el cielo,  
Como hacen con otros criticones,  
Que traen á Calderon al redopelo ;

Pero sin atender á mis razones,  
Al instante que ves que yo censuro,  
Las gafas, ó causídico, te pones :

Y en lugar de mirar lo que procuro  
Decir cuando al teatro desengaño,  
Mis escenas convocas á conjuro.

Y en hallando un defecto (no lo extraño,  
Que yo nunca negué que soy falible,  
Expuesto á la ignorancia y al engaño),

Con algazara y júbilo terrible  
Muestras á tus amigos y criados  
Los errores del critico inflexible.

¡ Oh muchas veces bienaventurados  
Los que disparáis tiros á metralla,  
Detras de la trinchera agazapados!

Sin riesgo veis de léjos la batalla,  
Enseñáis desde el puerto al navegante,  
Y los toros herís desde la valla.

Pero, por fin, pasemos adelante,  
Veremos otras causas que yo tengo  
Para que escriba en sátira picante.

Contra ti, que nos cuentas tu abolengo,  
Y de tus ascendientes degeneras,  
Ya duro azote rígido prevengo.

Y vosotras, mujeres embusteras,  
Frágiles, sin razon, antojadizas,  
Presumidas, ingratas y parleras,

Ya veréis mis enojos y ojerizas:  
He de hacer á los hombres manifiesta  
Vuestra vida y costumbres enfermizas.

No hablo de la prudente ni la honesta:  
Si acaso alguna honesta hay y prudente,  
Mi musa á honrar su mérito se presta.

Ni sé cómo en el mundo se consiente,  
Que un ciudadano tenga cien millones,  
Y hambrienta perecer la pobre gente.

Llegaron á su colmo las traiciones,  
Mareidit en malfines y bardajes  
Abrió franca la entrada á las naciones.

Las modas volanderas de los trajes,  
Traer al cuello un patrimonio entero,  
Y en el dedo esmeraldas y balajes;

Y que esté sin pagar el cocinero,  
Rabiando el mercader, desesperado  
Con cuentas atrasadas el platero:

Esto sólo es ser noble y ser honrado,  
Hacer que de las trampas el importe  
Al principal exceda del estado.

¡ Qué cosa es ver andar por esa corte  
Vago un robusto y áspero manchego,  
Vendiendo médias sin destino ú norte,

Gritar su horrenda voz anís y espliego  
A pesar del fusil y su libranza,  
Y cantar malas coplas tanto ciego !  
¿ Cuánto atrasa al estado la tardanza  
Mecánica de mil oficialillos,  
Que se presumen dignos de alabanza?

Seis años escolar de canastillos  
Está aprendiendo á hacerlos Epitacio,  
Y otro tanto el que amuela los cuchillos  
Si vilmente no fueran tan despacio,  
De artifices la corte abundaria,  
Y holgaran las solanas de palacio.

La dama que el galán entrado habia,  
Si el marido impensadamente llega,  
La alborotada sangre se le enfría;  
Y toda de pavor trémula y ciega  
Al tierno y perfumado caballero  
Va corriendo, y le esconde en la Y griega :

El crítico pedante y palabrero,  
Que censure sin jugo ni sustancia,  
Preciado de farsante y vocinglero :

De los hombres en fin la extravagancia,  
La diversion, los gustos, el halago,  
Los vicios, el temor y la ignorancia,

Y á todo cuanto hicieren daré el pago,  
Pues todas sus ridículas acciones  
Serán de mis librillos el farrago.

Mas ya advierto, que rígido te pones,  
Desconfiando tú de mi talento,  
É intentas disuadirme con razones :

Que para la alta hazaña que yo intento,  
Dices no bastarán mis fuerzas solas,  
Ni aunque me acompañaran otros ciento;

Las satíricas musas españolas  
De Rodrigo de Cota y Castillejo,  
Y de los dos hermanos Argensolas,

Añades, que con fiero sobrecejo  
Los vicios atacaron tan dichosas  
Que no merezco entrar en su cotejo,

Y que ocupado en mas útiles cosas,  
Mas dignamente el tiempo gastaria,  
Cantando nuestras armas victoriosas.

Que al campeon de Vivar cantar podia,  
 Ó á nuestro Enéas el feroz Pelayo,  
 Que fundó la española monarquía.

Ó al mancebo del Carpio, que fué rayo  
 En los valles del bronco Pirineo,  
 Causando á un grande ejército desmayo :

Mas yo correspondiera á tu deseo,  
 Y horrorizara con guerrera trompa,  
 Si á nuestra edad no viese cual la veo.

No es bien, que el eco sonoro rompa  
 Con espantoso estruendo armisonante,  
 Con régia majestad, con alta pompa.

Porque estando hoy el vicio tan pujante,  
 No es fácil escribir, sino que sea  
 Sátira avinagrada y mordicante :

Y siendo contra el vicio la pelea,  
 Y no contra el sujeto, aunque vicioso,  
 No tiene que enojarse el que me lea,  
 Porque no le imagine sospechoso.

---

#### IV. — SOBRE LA FAMA DE LOS POETAS.

(Traduccion de Marcial (1).)

¿Qué será, que á los vivos es negada  
 La fama, y raras veces los lectores  
 Juzgaron á su edad aventajada?

Estos son de la envidia los rencores,

(1) *Martialis*, lib. V, epig. x.

##### AD REGULUM DE FAMA POETARUM.

Esse quid hoc dicam, vivis quod fama negatur,  
 Et sua quod raras tempore lector amat?  
 Hi sunt invidiæ nimirum, Regule, mores  
 Præferat antiquos semper ut illa novis.  
 Sic veterum ingrati Pompeii quærimus umbram,  
 Sic laudant Catulli vilia templa senes.  
 Ennius est lectus, salvo tibi, Roma, Marone;  
 Et sua riserunt sæcula Mæonidem;  
 Rara coronato plausere theatra Menandro;  
 Norat Nasonem sola Corinna suum.  
 Vos tamen, ó nostri, ne festinate libelli;  
 Si post fata venit gloria, non probero.

Que siempre despreciando á los presentes  
Piensa que los antiguos son mejores.

Búscanse así las sombras delincuentes  
De Pompeyo; así buscan los ancianos  
De Cátulo los templos indecentes.

Enio es leído (Roma, los mantuanos  
Versos te salvo), y del divino Homero  
En su siglo burlábanse villanos.

Poco aplaudió el teatro al placentero  
Menandro, y de Nason Corina sola  
Conoció en vida el númen hechicero.

Y así, tú, ó Musa lírica española,  
Suspéndete; porque si solamente  
La fama con la muerte se acrisola,  
No presumas que ser famoso intente.

---

## ODAS

---

### I. — (TRADUCCION DE HORACIO (1).)

Lib. I.º, Od. XIII.

El de la vida, Fusco, religiosa  
Ni dardos usa, ni moriscos arcos,

1) *Horatius*, lib. I, od. XIII.

Integer vitæ scelerisque purus  
Non eget Mauri jaculis, nec arcu;  
Nec venenatis gravida sagittis,

Fusce pharetra :

Sive per syrtes iter æstuosas,  
Sive facturus per inhospitalem  
Caucasum, vel quæ loca fabulosus  
Lambit Hydaspes.

Namque me silva lupus in sabina  
Dum meam canto Lalagen, et ultra  
Terminum curis vagor expeditus,  
Fugit inermem.

Quale portentum, neque militaris  
Daunia in latis alit æsculentis,  
Jubæ tellus generat leonem  
Arida nutrix.

Ni de la aljaba llena de saetas  
 Envenenadas;  
 Ó por las sirtes cálidas camine,  
 Ó por el alto Cáucaso desierto,  
 Ó por la tierra, donde fabuloso  
 Corre el Hidaspe.

Miéntras inerme la sabina selva  
 Cruzo cantando á Lálaje, distante  
 Ya de mi quinta, de mi vista un lobo  
 Fiero se aparta.

Monstruo que nunca Daunia belicosa  
 Vió mas terrible en dilatados bosques,  
 Ni Mauritania de leones bravos  
 Árida madre.

Ponme en los campos frígidos, adonde  
 Ninguna planta goza el aura estiva,  
 Término al mundo, que la niebla y vientos  
 Sufre malignos.

Ponme debajo del vecino carro  
 Del sol, en tierra de habitar negada;  
 Serás mi amada, ¡oh Lálaje! que dulce  
 Cantas y ries.

## H. — LA POESÍA INMORTALIZA Á LA HERMOSURA.

Dorisa, el dulce verso armonioso,  
 Por Apolo dictado,  
 Á los que enciende con sagrados fuegos  
 Ciego Cupido el corazon amante,  
 No sólo obliga á amar á los presentes  
 La hermosura por ellos ensalzada;  
 Pero á los no nacidos.

Del músico del Ponto el abundoso

Pone me, pigris ubi nulla campis  
 Arbor æstiva recreatur aura;  
 Quod latus mundi nebulae, malasque  
 Jupiter urget :

Pone sub carru nimium propinqui  
 Solis in terra domibus negata :  
 Dulce ridentem Lalagen amabo,  
 Dulce loquentem.

Númen nos ha mostrado  
 Cuán grata fué Corina en dulces juegos.  
 Hoy enamora Cintia, y la inconstante  
 Lesbia, cantada en versos elocuentes.  
 Némesis y Licoris celebrada,  
 Cautivan los sentidos.

Quien oye atento el son tierno, amoroso,  
 Del cisne laureado,  
 Quisiera ver la causa á tales ruegos,  
 Y al mirar que su mérito levante  
 Con gracias no comunes á las gentes,  
 La ninfa de la Sorga es adorada  
 Por siglos repetidos.

Esto mismo, con verso numeroso,  
 Intento enamorado,  
 Y celebrar de mis errores ciegos  
 La causa bella : que en la edad distan  
 Tus prendas se conozcan excelentes,  
 Dama gentil, y vivas admirada  
 Con aplausos debidos.

### III. — DORISA AUSENTE.

En fin, Dorisa, en fin, ¡que te partiste  
 De mi presencia, y aun me tiene vivo  
 La angustia del terrible sentimiento,  
 Cuando el fiero dolor que yo recibo,  
 En el cuitado corazon y triste,  
 Descanso no me da por un momento!  
 ¡Oh bárbaro tormento!  
 ¡Oh rigurosa ausencia!  
 Cuya dura violencia,  
 Aunque de mil temores prevenida,  
 Es mucho mas de lo que fué temida;  
 Y aun mi pasion desesperada siente  
 Que no acabe mi vida,  
 La vida odiosa, que aborrezco ausente.

Con tanto afan y tanto desconsuelo  
 Paso las horas y molestos dias,  
 Y las noches larguísimas velando;

El llanto baña las mejillas mías ;  
 Tiene mi queja importunado al cielo,  
 Y enfádanse los hombres escuchando  
 Mi triste acento. ¿Cuándo  
 Vendrá, señora mía,  
 El suspirado día,  
 En que á mis ojos tu belleza pura  
 Los colme de placeres y ventura,  
 Y yo, admirando tu gentil presencia,  
 Te logre ya segura,  
 Sin mas peligro de temer ausencia?

Jamas tórtola amante y lastimada,  
 En los opacos olmos y fresnedas,  
 Lloro al consorte que robó la muerte  
 Con mas gemidos que estas arboledas  
 Oyen de mi voz ronca, fatigada,  
 Y en invocarte cada vez mas fuerte.

Y de la misma suerte  
 Me deja el sol partiendo,  
 Y me encuentra volviendo,  
 Amortecido del dolor pasado :  
 Habiendo, en larga noche derramado  
 Lágrimas tristes. Que al tormento mio  
 El sueño le es negado,  
 Ni á mí se acerca silencioso y pio.

Pero es mayor mi pena, cuando veo  
 El oro relumbrar de tus balcones,  
 Con la serena luz del nuevo día.

¡Ay tristes ojos, llenos de aflicciones,  
 Cuántas veces os alza mi deseo,  
 Pensando que allí está como solia  
 Y hallándose vacía

Mi gloria y mi contento,  
 Te sigue el pensamiento  
 Por anchas calles, templos suntuosos,  
 Soberbios espectáculos vistosos,  
 Donde te hablé y seguí continuamente,  
 Y afectos engañosos  
 Imaginan que estás allí presente.

Mas luego los parajes conocidos  
 Me dan tristeza, si esperanzas dieron  
 (Propia fortuna de infeliz amante) ;

Y como el bien me acuerdan que tuvieron,  
Padecen nueva angustia mis sentidos.

Y se me representa en el instante

Tu celestial semblante

Placentero y modesto,

Y aquel amor honesto

Tan difícil de hallar, que tú has hallado

Tu vista vencedora y dulce agrado,

El labio hermoso de encendida grana,

Y el hablar delicado,

Que otra cosa parece mas que humana.

Si de la humilde tierra al alto asiento

De Olimpo rutilante

Las voces de un amante

Llegan, ¡Dios ciego, el de las flechas de oro!

Cuenta á la bella que doliente adoro

(Ántes que ausente de sus luces muera)

Los afanes que lloro;

Que ella me amara, si penar me viera.

IV. — Á DON PEDRO NAPOLI SIGNORELLI, AUTOR  
DE LA *HISTORIA CRÍTICA DE LOS TEATROS*.

De Febo las hermanas,

Melpómene y Talía,

Los bosques dejan y la verde yerba :

Ya cultas ciudadanas,

Absorta las oía

La celebrada Aténas de Minerva,

Y Apolo las reserva

En Roma la triunfante,

Proscenio, en que sonoros

Alternaron los coros,

Donde el coturno lidio se levante,

Y las catorce gradas

De togados quirites ocupadas.

Mas ya tremendo suena

El implacable godo,

Armado de furor, espanto é ira.

¡Oh bárbara cadena!

Cede a su impulso todo :  
 Destruye y tala cuanto el orbe admira.  
 Ya pálido retira  
 El miedo á ambas hermanas :  
 El tiempo las oculta  
 Y en olvido sepulta,  
 Al rigor de las armas inhumanas ;  
 Hasta que en aurea copa  
 Brindó con santa paz alegre Europa.

Del Tibre vió la orilla  
 Lucir restablecidos  
 Los teatros, con mármoles de Paro,  
 Y en la rica Sevilla  
 Ingenios escogidos  
 Dieron nuevo esplendor al Bétis claro.  
 El Sena dió su amparo  
 Á entrambas dulces musas,  
 El Danubio, hondo rio,  
 Y el Támesis umbrío :  
 Mas aun amedrentadas y confusas,  
 Procuran monumento  
 De las injurias de la edad exento.

Entónces tú, Pierio,  
 Digno alumno de Apolo,  
 Ilustre é inmortal le has erigido.  
 Un reino y otro hesperio,  
 Admiran que tú solo  
 Las musas consolar hayas podido ;  
 Á fin de que el olvido  
 No su gloria consuma,  
 Y en los siglos futuros  
 Los aplausos seguros  
 Gocen, que deben á tu docta pluma,  
 De la Fama en el templo,  
 Para durable admiracion y ejemplo.

#### V. — Á PEDRO ROMERO, TORERO INSIGNE.

Cítara áurea de Apolo, á quien los dioses  
 Hicieron compañera  
 De los regios banquetes, y ¡ oh sagrada

Musa! que el bosque de Helicon venera,  
 No es tiempo que reposes :  
 Alza el divino canto y la acordada  
 Voz hasta el cielo osada,  
 Con eco que supere resonante  
 Al estruendo confuso y vocería,  
 Popular alegría  
 Y aplauso cortesano y triunfante,  
 Que se escucha distante  
 En el sangriento coso matritense,  
 En cuya arena intrépido se planta  
 El vencedor circense,  
 Lleno de glorias que la Fama canta.  
 Otras quiere adquirir, y así de espanto  
 Y de placer se llena  
 La villa que domina entrambos mundos.  
 Corre el vulgo anhelante, rumor suena,  
 Y se corona en tanto  
 De bizarros galanes sin segundos  
 Y atletas furibundos  
 El ancho anfiteatro. Allí se asoma  
 Todo el reino de Amor, y la hermosura  
 Que á Vénus desfigura,  
 Y no hay humano pecho que no doma  
 (Baldon de Grecia y Roma),  
 Y en opulencia y aparato hesperio,  
 Muestra Madrid cuánto tesoro encierra  
 Corte de tanto imperio,  
 Del mayor soberano de la tierra.  
 Pasea la gran plaza el animoso  
 Mancebo, que la vista  
 Lleva de todos su altivez mostrando,  
 Ni hay corazón que esquivo le resista.  
 Sereno el rostro hermoso,  
 Desprecia el riesgo que le está esperando :  
 Le va apenas ornando  
 El bozo el labio superior, y el brio  
 Muestra y valor en años juveniles  
 Del iracundo Aquiles.  
 Va ufano al espantoso desafío :  
 ¡ Con cuanto señorío !  
 Qué ademan varonil ! qué gentileza !

Pides la vénia, hispano atleta, y sales  
 En medio con braveza,  
 Que llaman ya las trompas y timbales.  
 No se miró Jason tan fieramente  
 En Colcos embestido  
 Por los toros de Marte, ardiendo en llama,  
 Como precipitado y encendido  
 Sale el bruto valiente  
 Que en las márgenes corvas de Jarama  
 Rumió la seca grama.  
 Tú le esperas, á un númen semejante,  
 Sólo con débil, aparente escudo,  
 Que dar mas temor pudo :  
 El pié siniestro y mano está delante,  
 Ofrécesle arrogante  
 Tu corazon que hiera, el diestro brazo  
 Tirado atras con alta gallardía ;  
 Deslumbra hasta el recazo  
 La espada, que Mavorte envidiaria.  
 Horror pálido cubre los semblantes,  
 En trasudor bañados,  
 Del atónito vulgo silencioso :  
 Das á las tiernas damas mil cuidados  
 Y envidia á sus amantes :  
 Todo el concurso atiende pavoroso  
 El fin de este dudoso  
 Trance. La fiera que llamó el silbido  
 Á ti corre veloz, ardiendo en ira,  
 Y amenazando mira  
 El rojo velo al viento suspendido.  
 Da tremendo bramido,  
 Como el toro de Fálaris ardiente,  
 Hácese atras, resopla, cabecea,  
 Eriza la ancha frente,  
 La tierra escarba y larga cola ondea.  
 Tu anciano padre, el gladiador ibero  
 Que á Grecia España opone,  
 Con el silvestre olivo coronado :  
 Por quien la áspera Ronda ya se pone  
 Sobre Elis, y el ligero  
 Asopo el rauda curso ha refrenado,  
 Cediendo al despeñado

Guadalentin : tu padre, que el famoso  
 Nombre y valor en ti ve renovarse,  
 No puede serenarse,  
 Hasta que mira al golpe poderoso  
 El bruto impetuoso  
 Muerto á tus piés, sin movimiento y frio,  
 Con temeraria y asombrosa hazaña,  
 Que por nativo brio  
 Solamente no es bárbara en España.

¿ Quién dirá el grito y el aplauso inmenso  
 Que tu accion vocifera ?

Si el precio de tus méritos pregona  
 La envidia, con adorno á la extranjera,  
 Que dice : en el extenso

Mundo, ¿ cuál rey que ciña la corona,  
 Entre hijos de Belona

Podrá mandar á sus vasallos fieros  
 (Como el dueño feliz de las Españas)

Hacer tales hazañas ?  
 ¿Cuál vencerán á indómitos guerreros

En lances verdaderos,  
 Si estos sus juegos son y su alegría ?

¡ Oh, no conozca España que varones  
 Tan invencibles cria !

Rogádselo á los cielos ; oh naciones !  
 Y tú, por quien Vandalia nombre toma

Cual la aquiva Corinto  
 (Ni tal vió el circo máximo de Roma),

Si algo ofrece á mi verso el dios de Cinto,  
 Tu gloria llevaré del occidente

A la aurora, pulsando el plectro de oro :  
 La patria eternamente

Te dará aplauso, y de Aganipe el coro.

---

## VI. — Á DON JOSÉ... EN SUS DIAS.

La hermosa primavera,  
 De flores olorosas coronada,

Viene á templar la fiera  
 Riguridad del cano invierno airada :

Y en tu dichosa casa,  
 ¡ Oh amigo dulce ! influye en este dia  
 Felicidad sin tasa,  
 Placer tranquilo, bienes y alegría.  
 Y yo, que tus favores  
 No escasamente algun tiempo he logrado,  
 Pretendo que no ignores  
 Cuánto agradecimiento en mí ha durado.  
 El dia venturoso,  
 Que acuerda la virtud sublime y bella  
 Del inocente esposo  
 De la hermosa de Dios Madre y doncella,  
 Goza alegre y ufano,  
 Y repetirle así por siglos ciento  
 Conceda el soberano  
 Gran Padre, á quien es basa el firmamento.  
 Humilde la fortuna  
 Te jure esclavitud siempre durable  
 Sin repugnancia alguna,  
 Y detenga á tu voz la rueda instable.  
 Vierta piadoso el cielo  
 Copiosa y blanda lluvia en tus sembrados,  
 Y colmen con desvelo  
 Tus paneras los siervos fatigados.  
 Tus hatos y majadas,  
 Que cerros y montañas desaparecen,  
 Fingiéndolas nevadas,  
 Sus vellones, que blanco abrigo ofrecen,  
 Tan aumentadas sean,  
 Que en todo bosque, erial, prado ú repecho  
 Sólo tuyas se vean  
 Desde el gallego mar hasta el estrecho.  
 Su cándida cuajada,  
 Tu mesa alegre, con el queso cano,  
 Mas que la coagulada  
 Leche al esmero de holandesa mano.  
 Con larga descendencia  
 De nietos héroes, generoso abuelo,  
 Admire la opulencia  
 De tu prosapia el rico hispano suelo.  
 En tálamo de armiños  
 Logra por mil edades con favores

Los honestos cariños  
De esa madre feliz de los amores :  
Ni dejes nunca, no, desocupado  
De Bárbara la bella el tierno lado.

VII. — AL DUQUE DE MEDINASIDONIA.

¡ Ay, no á la hercúlea enfermedad rendido  
Y al acerbo dolor con mil afanes  
Te postres, oh mi dueño esclarecido,  
Blason de los Guzmanes !  
No así te entregues á la pena dura  
Con quejas, que amansaran mares bravas,  
Que á mí tu siervo, tu feliz hechura,  
El corazon me clavas.

Porque eres la mitad del alma mia,  
Y me la tiene tu afliccion confusa :  
Acorde union, sagrada simpatía  
De la divina musa.

Y si fuese, ¡ ay dolor ! que á los humanos  
El cielo te robara, ¿ qué pudiera  
Hacer sin ti ; Pusiérame en las manos  
De Libitina fiera :

Un mismo dia á entrambos igualara :  
Ni el imperio del orbe y de sus bellas,  
Opulentas coronas, me estorbara,  
Para seguir tus huellas.

¿ Ni qué hiciera la España generosa,  
De quien eres el lustre y la grandeza,  
Huérfana inconsolable, en dolorosa  
Y funeral tristeza ?

Sus cisnes sin amparo y de la avara  
Suerte quejosos, en comun lamento,  
¿ Á quién hallar pudieran, que apreciara  
Su armonioso acento ?

¿ Quién cantara las ninfas y pastores  
Y el bosque umbroso lleno de frescura,  
Donde Vénus habita y los amores,  
Faltando tu dulzura ?

No el númen, de mi voz importunado,

Lo consiente : los años inmortales  
De la fénix te tienen acordado

Las lumbres celestiales.

Y así será, que inspiracion divina  
Me lo anuncia : no engaña mi deseo,  
Ni error cabe en la mente que ilumina

Espíritu febeo.

Y aunque el dolor te cause ofensa dura,  
Tú le amenoras con valor estoico :  
No siente, no, como la plebe oscura

El corazon heroico.

Vive, señor, de tu consorte hermosa,  
Idolatrada en los honestos lazos,  
Y temple tus afanes amorosa

Con sus dulces abrazos.

---

#### VIII. — MADRID ANTIGUA Y MODERNA.

Los soberbios palacios  
Con que ¡ oh Madrid altiva ! te engrandeces,  
Ocupan los espacios  
Anchos que en tus niñeces  
Los arados rompieron tantas veces.

Viñedos y aranzadas  
Del suelo que ocupaste has apartado,  
Y hay torres levantadas  
Donde en tiempo pasado  
Creció el olivo, á Pálas consagrado.

Por donde con el trillo  
Circularon las yuntas de los bueyes  
Sobre el haz amarillo,  
Van dando al orbe leyes  
En carro ebúrneo príncipes y reyes.

Fuiste ignorada aldea,  
Y eres cabeza ya de entrambos mundos :  
No aparta la febea  
Luz sus rayos fecundo:  
De tus tierras y piélagos profundos.

Mas no de la grandeza  
Presente fies : todo es vanidades,

Y acaba cuanto empieza,  
 Pues ya en nuestras edades  
 Ni troya, ni Palmira son ciudades.

La Atlántica famosa  
 Se hundió en el mar : voraz el tiempo altera  
 El globo, no reposa,  
 No es hoy lo que ántes era :  
 Ni ya Tule tampoco es la postrera.

---

### IX. — VANIDAD DE LAS RIQUEZAS

¿ De qué te sirve el oro atormentado  
 Bajo los duros cuños con ruido,  
 Con el rostro de Cárlos estampado,  
 En círculos pequeños dividido,  
 Á turbar tu quietud acá venido  
 Desde el indio remoto,  
 Á merced de Euro y Noto,  
 Fiado á un leño enfermo y fugitivo  
 Por el inquieto mar no compasivo ?

¿ De qué el alcázar, ni el dorado techo  
 En mármoles de Paro sostenido,  
 Mas de cuidados, que de piedras hecho,  
 Con famoso pincel enriquecido ?

¿ Ni el vino en clima extraño producido  
 De sabor delicado,  
 Ni el manjar sazonado  
 De extranjero gloton, que el gusto adula  
 Perjudicial ministro de la gula ?

Iñigo, no te envidio tu riqueza,  
 De pesares infiel productora,  
 Que no me es tan molesta mi pobreza,  
 Que me estorbe cantar versos ahora,  
 Aquí donde dulcísima y sonora  
 Entre estos atochares  
 Del patrio Manzanáres  
 Se desliza la diáfana corriente  
 Me tiendo yo á cantar alegremente.

De un árbol la alta copa al suelo envía  
 Sombra apacible ; y yo aquí me reclino :

Ni alfombra de Florencia ó de Turquía,  
 Ni ménos del damasco granadino  
 Compiten sus matices : del vecino  
 Sólo una aura suave  
 Con respiracion grave,  
 Como suele soplar blanda marea,  
 Las hojas de los árboles menea.

Su libertad las simples avecillas,  
 Con pico de marfil vuelan cantando;  
 Inigo, no aquí lloran las mancillas,  
 Que en tu jaula de hierro están llorando :  
 Los simples conejuelos van saltando -  
 Por la hermosa ribera,  
 Yo miro su carrera  
 Desde el pié de este fresno divertido  
 De la ferviente siesta defendido.

Goza, goza tu casa edificada  
 Á costa de pesares y cuidados,  
 No te consientan hora descansada  
 Sustos y pretendientes porfiados :  
 Cérquete el escuadron de tus criados  
 Necios, y aduladores,  
 Pension de los señores,  
 Que yo sin tantos riesgos divertida  
 Paso mas quieta y mas alegre vida.

Asústate, si oyeres que el britano  
 Pirata infiel prendió la flota indiana,  
 Ó si acaso voraz el Océano  
 La sumergió con ambicion tirana :  
 Que mi conformidad mejor se allana  
 Pues que perder no tengo,  
 Y así á estar siempre vengo  
 Con no turbado rostro prevenido,  
 Y nunca un susto el sueño me ha rompido.

---

### X. — QUIETUD DEL ÁNIMO.

Doy que dejes las Indias saqueadas,  
 Y empobrecido á ocaso, y al oriente  
 Desentrañado con avara mano,

Y con duro cerrojo inobediente  
En tu sótano encierres apiladas  
Las arcas con el oro mejicano :  
Procurarás hallar descanso en vano ;  
Descanso, el bien mas grande de esta vida,  
Que no basta á comprarle el gran tesoro,  
Que al persa, al turco y moro  
Rinden el Asia y África oprimida :  
Ni el reluciente mármol granadino,  
Ni de cedro las vigas olorosas,  
Que estriban en cornisas estucadas,  
Ni el jaspe de Liguria en animadas  
Estatuas, de la vida no dudosas,  
Ni las ricas molduras de oro fino,  
Ni el pincel del Protógenes de Urbino  
Ni poseido el mundo todo entero  
Bastan á dar descanso verdadero.

Mas solamente la conciencia pura,  
Ilustre Gamoneda, al varon justo  
Le da invencibles fuerzas, inocentes :  
Ni teme al enemigo mas robusto,  
Ni le amedrenta la fiereza dura  
De los tigres, leones y serpientes :  
En vano los carcajes insolentes,  
Pesados con las dardos africanos,  
Se aprestan contra él, ni la encendida  
Pelota despedida  
De los cañones turcos, ó britanos.  
Esta es seguridad, y este apacible  
Descanso verdadero, poco hallado,  
Esta es vida feliz, y esta es gustosa  
Fortuna abundantísima y dichosa,  
Mejor que la de aquel siglo dorado :  
En nuestra mano está, y es conseqüible  
Arribar de la dicha á lo posible,  
No con desvelo hidrónico avariento ;  
Mas con desinterés y entendimiento.

Cancion, si quien te viere se espantare  
De la estoica doctrina en ti cantada,  
Impropia de mis años juveniles ;  
Responde, que tierra hay que en los abrilés  
Da tambien flor, y fruta sazónada,

Sin que por no ser tiempo se repare;  
 Antes merece quien adelantare  
 Los frutos á la flor cuerdo y astuto;  
 Y en especialidad, si es bueno el fruto.

## CANTO ÉPICO <sup>(1)</sup>

### LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUIDAS.

Canto el valor del capitan hispano  
 Que echó á fondo la armada y galeones,  
 Poniendo en trance, sin auxilio humano,

- (1) En esta edicion hemos seguido la que se hizo en 1785 en la imprenta real con preferencia á la de Barcelona en 1821. Las razones que á ello nos han movido, son las mismas que tuvo presentes el señor Quintana en sus Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena, donde estampó la juiciosa nota que copiamos : « Aunque en las obras de este autor publicadas » en Barcelona en 1821 se ha reimpresso este poema muy diferentemente de como aquí se halla, se ha tenido por conveniente » repetirle en la forma que se incluyó en la primera edicion de » esta coleccion, igual en todo á la que se hizo de dicho canto en » la imprenta real en 1785. Extrañarán algunos esta preferencia, » fundados en la confianza y autoridad que deben merecer las » manos por quienes corrió la impresion de Barcelona, tan interesadas en la gloria del poeta, tan enteradas de los hechos » que le pertenecen, y tan hábiles en el arte. Pero las mismas fueron las que cuidaron de la edicion de 1785 : el autor hacia » cuatro años que habia muerto, y la obra debió publicarse entonces tal como se hallaba entre sus papeles. Aquella pues es » la propia, la genuina de don Nicolas Moratin, y no la de Barcelona ; donde si las alteraciones que se han hecho han podido » mejorar algun tanto la elegancia de estilo y la estructura de » los versos, quizá han perjudicado á las proporciones de la composicion, disminuido á veces su grandeza, su raudal, su robustez, y por consiguiente alterado frecuentemente su carácter. » Pero esta es opinion mia particular en que no insisto, y que » podrá no ser adoptada por otros. Sea de ella lo que se quiera, » lo que no tiene duda es que las correcciones de la edicion de » Barcelona no son ni pueden ser trabajo del poeta que escribió el canto, y por consiguiente le hacen ménos suyo. » Si así lo

De vencer ó morir á sus legiones :  
 El que holló el ancho imperio mejicano  
 Á pesar de tan bárbaras naciones,  
 Empresa digna de su aliento sólo,  
 Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.  
 Y tú, sacra Piéride, si alguna  
 Hay en Parnaso por feliz destino,  
 Que á engrandecer la hispánica fortuna  
 El hado dichosísimo previno :  
 En mil combates vencedor del hado,  
 Mi pecho enciende en llama cual ninguna,  
 Vierte en mi labio cántico divino,  
 Que está esperando la impaciente España  
 Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.  
 Dictame, Musa, cómo ya arrollado  
 El mejicano golfo turbulento,  
 Coyunda impuso al bárbaro sangriento ;  
 Y cómo á Veracruz el nombre ha dado,  
 Edificada en sólido cimiento ;  
 Freno á las gentes fieras y remotas,  
 Escala y puerto á las indianas flotas.  
 Aquí ostentaba su milicia un dia  
 Con pompa y gala, y en vistoso alarde :  
 Asombra la feroz caballería,  
 Tal es el fuego que en los brutos arde.  
 La robusta española infantería

fué tan autorizado colector, que se propuso presentar los modelos mas correctos y acabados de la poesía castellana, con harta razon debemos nosotros seguir su ejemplo, cuando el objeto de nuestra BIBLIOTECA no es tanto el señalar las composiciones dignas de imitacion y exentas de todo defecto, cuanto el presentar á los mas nombrados autores españoles, tales cuales fueron, sin extraña enmienda ni alteracion, cual conviene á la veraz historia de las ideas y del lenguaje, cuyos auténticos documentos vamos recopilando. La opinion generalmente admitida es, que Moratin el hijo, entónces de edad de veinte y cinco años, fué el editor del canto épico de *Las Naves de Cortés*, para vindicar la memoria de su padre, que consideraba ofendida por no haber llevado premio ni el *accessit* en el concurso abierto en 1777 por la Academia española, circunstancia sobre la cual se hallarán algunas noticias en una nota á la vida del autor. Bajo este concepto, á continuacion del canto hemos reproducido las reflexiones críticas que acompañaron la citada edicion primitiva.

Aliento infunde al pecho mas cobarde :  
 Tocan clarines, y las cajas suenan,  
 Mares y playas y montañas truenan.

Muéstrase altivo el inclito guerrero,  
 Sandoval digo, en un caballo armado,  
 Monte parece de bruñido acero  
 Apenas por su dueño sujetado :  
 Ancho paves sin cifra ni lebrero,  
 Y el peñasco de Amaya relevado,  
 Solar de su linaje ; y por decoro  
 La banda negra sobre campo de oro.

Con un sayo galan de fino paño,  
 Con gorbion de encarnado y amarillo,  
 En un revuelto pisador castaño  
 Monta Pedro González de Trujillo ;  
 Y Dávila soberbio en genio extraño  
 Fatiga los ijares á un tordillo,  
 Llevando en el escudo sin cuarteles  
 Por antiguo blason trece roeles.

De pecho firme y ancha de cadera,  
 Con lazos jaldes y con borlas blancas,  
 Muy briosa de juego y de carrera,  
 Sin temor de arrecifes ni barrancas,  
 De bordada melania la pechera,  
 Y bélicas cubiertas de las ancas,  
 Rige una yegua Pedro de Alvarado,  
 Que á tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atras la roja sobreveste,  
 Descubre el peto y espaldar bruñido,  
 Vuelan las plumas de color celeste  
 Sobre el almete de oro guarnecido :  
 É indicando cuán poco le moleste,  
 Roto el arco y las flechas de Cupido  
 Era su empresa ; en potros jerezanos  
 Le siguen y respetan sus hermanos.

Ordaz, con fuertes armas pavonadas,  
 Fiero en palabras, rigido en semblante,  
 Monta un peceño, y lleva recamadas  
 De azul y negro las haldetas de ante :  
 Ni las mudas edades ya pasadas,  
 Ni el alto olvido harán que yo no cante,  
 ¡ Oh insigne Láriz ! tu valor que vuela

Desde Panuco al cabo de la Vela.

Ni serás en mis versos olvidado,  
 Célebre Alfonso; honor de los Mendozas,  
 Que un corcel, cabos negros y melado,  
 Gobiernas, y corriendo te alborozas :  
 El escudo en triángulos cortado  
 Muestra las rojas bandas de que gozas,  
 Y por orla y riquísimo tesoro,  
 El Ave de Gabriel quitada al moro.

Y Juan Velázquez de Leon movia  
 Un valiente caballo, y con la espuela  
 Le aflige, y con el freno le oprimia,  
 Sonándole la espada en la escarcela,  
 Yelmo con tembladora argentería,  
 En cuerpo y en el ristre la arandela :  
 En él encuentra la razon abrigo,  
 Deudo Velázquez, y Cortés amigo.

Un leon rojo por blason ponía  
 En sus cuarteles con dorados marcos,  
 Jactándose con él, que descendía  
 De los Leones de la casa de Arcos :  
 Una soberbia alfana, cuya cria  
 Vió el mar nacer en los veleros barcos,  
 Sedeño el rico á paso lento lleva,  
 Y un negro asido á la nielada greva.

Y tú, Morla, tambien en blanco armado  
 Vas escaramuzando largo trecho  
 Sobre un fuerte bridon azabachado,  
 De moscas blancas salpicado el pecho ;  
 Pacheco un bayo arremetiendo alado,  
 Muestra, corriendo al general derecho,  
 Acha faja de azules cuñas llena,  
 Blason de los señores de Villena.

Ya desfilaba con mover airoso  
 Saucedo, tierno jóven rubicundo,  
 Que él cual otro no fuera mas hermoso,  
 Ni pasó tan gallardo el Nuevo-Mundo :  
 El mirar de un Adónis amoroso ;  
 Y uniendo á lo galan lo furibundo,  
 Va con escarces, vueltas y reveses  
 Sobre un potro alazan de treinta meses.

Una casaca verde acuchillada

De trasflor y sutiles caniquies,  
 Mostrando rica tela nacarada  
 Con broches y alhamares de rubies :  
 Cadena de labor muy extremada,  
 Y mangas de almaizares tunecies,  
 Verjel de muchas y diversas flores,  
 Y el lazo del codon de mil colores.

En un rucio rodado muy brioso  
 Sale Escobar con malla y finos antes :  
 Y en un caballo negro poderoso  
 Villaroel con ojos centellantes.  
 Celebrará mi verso numeroso  
 Tus hechos, y las armas radiantes,  
 Con que, ¡ oh diestro Domínguez! tú reluces,  
 Domador de caballos andaluces.

Admira tan lucida cabalgada  
 Y espectáculo tal doña Marina,  
 India noble al caudillo presentada,  
 De fortuna y belleza peregrina,  
 De la injuria del clima reservada,  
 Y del color del alba matutina,  
 Muestra que herir bien puede el pecho humano  
 Cupido con harpon americano.

Con despejado espíritu y viveza  
 Gira la vista en el concurso mudo :  
 Rico manto de extrema sutileza  
 Con chapas de oro autorizarla pudo,  
 Prendido con bizarra gentileza  
 Sobre los pechos en airoso nudo ;  
 Reina parece de la indiana zona,  
 Varonil y hermosísima amazona.

Ella atónita mira, y asombrada  
 De tanta pompa y tanta gallardía ;  
 Y ansiosa no queriendo dudar nada,  
 Informarse de todo pretendia :  
 El paso adelantó determinada  
 Hacia el casto Aguilar, que allí venfa,  
 Primero haciendo en muestras de obediencia,  
 Á Cortés su señor la reverencia.

É inquieta dice : ¡ Oh noble compañero !  
 Á mi por tus desgracias semejante,  
 Cuéntame de este ejército guerrero

Quién son aquellos que se ven delante ;  
Que aun no á todos conozco, y yo no quiero  
Ignorar ni su nombre ni semblante :

Dí, acaba ; y Aguilar se sonreía  
De ella, y con la alta permission decia :

Aquel membrudo, de mirar sangriento,  
Que cinco lirios por empresa tiene,  
Argüello es de Leon, que violento  
Vive en quietud, y así á la guerra viene ;  
Mirale cuán robusto y corpulento,  
Cómo cruje la lanza y la sostiene,  
Con la ancha cota de dobleces once,  
Y el escudo con láminas de bronce.

Nájera es aquel rubio riojano,  
Diestro en la esgrima ; aquel otro García ;  
Y el que sigue el intrépido Lezcano,  
Y Juanes por quien Turia se gloria,  
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano  
Tanto arrebató en célica armonía,  
Que estar mas que la tracia mereciera  
Con diez luceros en la octava esfera.

Ese determinado madrileño  
Es un noble Ramírez de los Várgas,  
Que mil veces al moro en duro empeño  
Partió con los turbantes las adargas ;  
Mira en la suya el muro malagueño,  
Y el puente roto, y en hileras largas,  
Á cañonazos multitud de infieles  
Muertos entre marlotas y alquiceles.

Soto el de Toro, Olea el de Medina,  
Son aquellos que ves ; aquel Portillo ;  
Pizarro, á quien del rumbo descamina  
De sus primos nuestro inclito caudillo ;  
Juan es aquel de la coraza fina,  
Que el Tórmes entre juncias y tomillo  
Le arrulló en la aula de las ciencias sola  
La celebrada Aténas española.

Mira aquel batallon de infantería  
Del aguerrido Heredia gobernado,  
Que el frances en Italia le temia  
Cuando el Gran Capitan le vió á su lado ;  
Farfan es aquel alto que blandia

La pica, y de su patria amartelado,  
Se va siempre acordando en sombra vana  
De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga, y ambos lados  
Con pistoletes, llenos de osadfa,  
Es Mesa el montañes, que sin cuidados  
Él maneja un cañon de artillería ;  
Usagre y Catalan van á sus lados,  
Porque son de la misma compañía,  
Y diestros artilleros los pregona  
La invencible nacion de Barcelona.

Aquellos de escaupiles acolchados  
Siguen al alcarreño Jaramillo ;  
Mas le siguen tus ojos inflamados,  
Si ; oh cacica ! permitesme el decillo :  
Aquel que allí escuadrona los soldados  
Es el fiel Bernal Díaz del Castil'o,  
Que sirve en esta célebre jornada  
Cual César, con la pluma y con la espada.

Prosiguiera Aguilar ; pero venia  
Batiendo el acicate de ambos lados,  
Mercado en una remendada pia,  
El mas niño de todos los soldados  
Por su doncel al general servia,  
Apartaba los indios apiñados,  
Diciendo plaza á infinidad de gente,  
Plaza, que pasa el general al frente.

Hácenle salva, y alta vocería  
Se levanta á los cielos, resonando  
Gentil descarga de arcabuceria,  
Que hasta Méjico el eco fué bramando ;  
Atruenan la espantosa artillería,  
Por las concavidades retumbando.  
Corral, Volante con Ranjel ligeras  
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés... ¡ Divina Clio,  
Tu alto influjo mi espíritu levante !  
¿ Quién jamas tuvo objeto como el mio,  
Ni tan glorioso capitán triunfante ?  
¡ Con qué aspecto real y señorío  
Se le muestra á su ejército delante !  
¡ Oh qué valor que ostenta y qué nobleza !

¡ Oh cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría,  
Listadas de oro puro centellantes,  
Con pernos de preciosa pedrería,  
Hebillas y chatones de diamantes,  
Gorjal grabado, en cuyo canto había  
De perlas y crisólitos pinjantes,  
Cegando como el sol, á quien parece  
El arnes con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada  
Cual fúlgido cristal resplandeciente,  
Con plumajes y airon empenachada,  
Que el céfiro halagaba mansamente;  
El brezal esquinela burilada  
Rayos saca de luz como el oriente ;  
Música forman guarnecidas de oro  
Templadas piezas al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola  
Favonio airosamente, y con lazadas  
De plata y seda atado en una sola,  
Que vuelve las vislumbres duplicadas :  
Roja banda afollada en la pistola  
Con muchos rapacejos, y enredadas  
Puntas al cinturón, y allí pendiente  
De Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero  
Con labores en torno rutilante,  
Que mas reverberando que el lucero,  
Parece de un limpísimo diamante ;  
Esculpió en medio por blason guerrero  
Entre las uñas de un león rapante,  
Un mundo encadenado, y quebrantadas  
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza, estriada y rebutida  
De barras de metal lleva en la cuja,  
Y un pendoncillo ó banderilla asida  
Que bordó con primor sutil aguja ;  
Y al encuentro y veloz arremetida  
Hace corriendo que al impulso cruja,  
Cuando con duro y resonante callo  
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazan tostado, corpulento,

De ardiente vista, y con feroz ultraje  
 Bate el suelo, mirándose opulento  
 Con tan precioso y bárbaro equipaje :  
 De ormesí recamado el paramento,  
 De seda y oro y borlas el rendaje,  
 De bronces entallados la estribera,  
 Zafiros y balajes la testera.

El soberbio animal la crin extiende,  
 Como quien sabe el dueño que pasea,  
 Con agudo relincho el aire enciende  
 É indómito y ufano se pompea :  
 En cuanto ¡oh Bétis! tu raudal comprende,  
 Que con verdes olivas se hermosea,  
 Tal monstruo no abortó naturaleza,  
 Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Cortés recorre así los escuadrones  
 Con vivos ojos, plácido semblante,  
 Siendo por ademan y por acciones  
 Á cosa mas que humana semejante :  
 Y afable dice : ¡oh fuertes campeones!  
 ¿ Cuál órgano mortal será bastante  
 Á cantar tanta hazaña celebrada,  
 Que debo yo al valor de vuestra espada?

Hércules nuevos, de portentos fieros  
 Habéis triunfado con asombro mio :  
 No ignore España, ilustres compañeros,  
 Cuánto la ensalza vuestro heroico brio.  
 ¿ Quién serán los audaces mensajeros  
 Que el mar salado por el norte frio  
 Corten al sesgo con tajante quilla  
 Á llevar tales nuevas á Castilla?

¿ Y al rey don Cárlos, el monarca hispano,  
 Refieran esta accion tan señalada,  
 Y cómo tiene ya por vuestra mano  
 Su España en tierra y nombre duplicada?  
 Decid primero, cómo el monstruo insano  
 De la envidia en Velázquez halló entrada,  
 Y estorbar quiere heroicos pensamientos  
 Á pesar de enemigos elementos ;  
 Y que triunfando de él y de las olas,  
 Y vencedores del terrible infierno,  
 Vió Cozumel las naves españolas,

Y el simulacro con escarnio eterno :  
 Y en el rio tambien de Banderolas,  
 Á Grijalva siguiendo su gobierno  
 Tomamos puerto en la obstinada tierra,  
 Que el paso defendió con cruda guerra.

¿Y quién ha de callar la memorable  
 Batalla de Tabasco y gran conquista,  
 El poder de los indios formidable,  
 Su arrogancia increíble por no vista  
 ¿Y cómo el tren de gente innumerable  
 Á los campeones que la cruz alista,  
 Humilló al fin la indómita cabeza,  
 Y el bárbaro teson de su braveza ?

Contad los arcos y las armas fieras,  
 Los escudos con fuegos abrasados,  
 Y que besan naciones tan guerreras  
 Los piés del rey católico sagrados :  
 Los cempoales de largas cabelleras,  
 Los de las sierras con el dardo osados,  
 De Cimpacingo y Quiabislan, que ataques  
 Sufren con los robustos Tonaques.

Decid, en fin, que al fuerte y poderoso  
 Emperador de ocaso, Motezuma,  
 Á quien su inmensa Méjico en precioso  
 Bálsamo adora, y entre aroma y pluma,  
 Marchamos á vedar el horroroso  
 Holocausto en que al ídolo perfuma  
 Con víctimas humanas y anhelantes,  
 Corazones y entrañas palpitantes.

Dijo : y á todos tímido recelo  
 Mas que la guerra la respuesta ataja;  
 Pues saben que Velázquez con desvelo  
 Por vengarse solícito trabaja,  
 Y al mar cubriendo su cerúleo velo,  
 Desde Cuba al Darien de naves cuaja,  
 Cerrando altivo con velera popa,  
 Las sendas de la América á la Europa.

Sobre un potro de Córdoba ligero,  
 Lleno de carmesí plumajería,  
 Con flecos en el verde mosquitero,  
 Montejo estaba audaz con ufanía :  
 Y volviendo al galan Portocarrero,

Que en un rucio rodado le seguía,  
De coracina y fuerte lanza armado,  
Cartas y gualdrapas de brocado.

Jóven, le dijo, si dejar la guerra  
Pareciere vileza y cobardía,  
No ya por las delicias de mi tierra  
Esta abandono en tan urgente día :  
Tantos peligros que ese golfo encierra,  
Y constante desprecia mi osadía,  
Serán respuesta al que decir intente  
Que de este suelo tímido me ausente.

Yo solo por los mares procelosos,  
Rompiendo de Velázquez las armadas,  
Bararé con mis buques presurosos  
De España en las riberas apartadas :  
Mas si tú con alientos generosos  
Seguirme quieres, y las alteradas  
Hondas surcamos en nadante pino,  
La fama nos dará blason divino.

Estremecióse el generoso mozo  
Con ansia de la gloria concebida,  
El rostro enciende, donde el blando bozo  
Muestra la tierna juventud florida ;  
Y dice : la nobleza de que gozo  
Sabes bien : ves mi empresa conocida,  
Con escaques azules jaquelada,  
Y las quince banderas de Granada.

Si sabes del de Palma las acciones,  
¿Cómo presumes que el seguirte deje  
En las dificultosas ocasiones ?  
Contigo muera, y no de ti me aleje.  
Dijo, y se derribó de los arzones.  
Montejo sin saber que le aconseje,  
Le abraza afable, los caballos dieron  
Á sus amigos, y á Cortés se fueron.

Los principales cerca de él estaban  
En gruesas y altas lanzas apoyados :  
Unos en los mosquetes descansaban,  
Y otros en los escudos muy pesados.  
Del mensaje difícil razonaban,  
Cuando ofrecen los dos determinados  
Llevarle al rey, volviendo desde España

Con nueva gente á hallarse en la campaña,

Entónces de contento alborozado,

Tórres el veterano exclama : ¡ oh cielo !

Y ¡ oh deidad, que en tu auxilio se ha fiado

Mi patria con solícito desvelo !

No está el brio español tan apagado,

Ni aun en tal clima y tan distante suelo,

Cuando aun se admira entre enemigas gentes

Tal esfuerzo de jóvenes valientes.

Así diciendo el venerable anciano

Con lágrimas ternísimas lloraba ;

Muestra el cabello bajo el yelmo cano,

Y sollozando apénas pronunciaba ;

Con la ántes fuerte y ya trémula mano

Ciñe sus cuellos, y sus rostros lava,

Palpándoles con amorosas muestras

Los fuertes pechos y robustas diestras ;

Y ¡ oh mancebos fortísimos ! decía,

Id á la dulce España, á quien no espero

Ver ya jamas, que al templo de María

Mi última edad sacrificarla quiero :

Y al punto del alto hombro desprendia

El rico tahalí, que en trance fiero

Él quitó cuerpo á cuerpo en ancha plaza

Al malique Alabez, ganando á Baza.

Este que en perlas y esmeraldas orna

Le da al mas jóven con luciente espada

Mallorquina ; á Montejo luego torna,

Y al morrion quitó fuerte lazada :

Con él la frente en otro tiempo adorna,

Le dice, Boabdeli, rey de Granada,

Que el alcaide prendió de los Donceles,

Terror de los Zegríes y Gomeles.

Abránalos esotros capitanes,

Y los despiden amorosamente,

Y con el fruto traen de sus afane

De Motezuma el bárbaro presente :

Cortés con amistosos ademanes

Les fia su justicia, y reverente

Al caro padre y tierna madre envia

Dones, que ya por muerto le tenia.

Ya parten los dos ínclitos guerreros

Con ansia de la fama presurosos ;  
 Ya les dan los amados compañeros  
 Mil dones de la América preciosos :  
 Adornados de bandas y plumeros  
 Tremolaban galanes y animosos  
 De oro en bilbilitanos capacetes  
 Garzotas entre blancos martinetes.

Todos los acompañan al navío,  
 Desde cuya alta popa ya tomando  
 Está Anton de Alamínos señorío  
 Del mar, que cede á su timon y mando ,  
 Al canal de Bahama y su bajío  
 Está la vista y proa enderezando,  
 Por donde nunca se atrevió ninguno  
 Á romper los estanques de Neptuno.

Cuando el rabioso espíritu, que enciende  
 La discordia y rencor en los mortales,  
 Oponerse al designio audaz pretende  
 Desde los calabozos infernales,  
 El centro infiel del bátratro se hiende.  
 Pues ya se ven patentes las señales  
 Que larga edad se están allí temiendo,  
 Con el recelo al Orco estremeciendo.

En el abismo antigua fama habia,  
 Que la gente española vencedora  
 Al católico yugo humillaria  
 Las gentes del ocaso y de la aurora.  
 El príncipe infernal, que ya veia  
 Cumplirse los pronósticos ahora,  
 Concilio horrendo de la negra gente  
 Llama, y habló con cólera impaciente :

¿ Con que no sólo habéis de ser vencidos  
 Del alto arcángel, que brilló en luz pura,  
 Sino de hombres infames abatidos,  
 Sino (¡ qué horror ! ) de humana criatura ?  
 ¡ Oh espíritus eternos, que atrevidos  
 Fuisteis al Hacedor ! ¿ teméis su hechura ?  
 ¿ Sufriréis con ultraje y vituperio  
 Que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio ?  
 ¡ Mas ay ! que ese mancebo el mismo dia  
 Que nacer vimos al sajón Lutero,  
 Le vió España nacer con ansia mia,

Pues pierdo en él cuanto en esotro adquiero.

Visteis con cuán escasa compañía,

Misero fugitivo y comunero,

Le llevó el mar á incógnitas regiones,

Que no vieron Colon ni los Pinzones.

Ya allí los sacrificios no consiente,

En que yo contra el hombre vengativo

Víctima le hago á un tiempo y delincuente,

De vida eterna y temporal le privo;

Y ya templo consagra reverente

Á esa Madre del hijo de Dios vivo,

Á esa Mujer, que lo es, aunque divina,

Y á quien mi frente á mi pesar se inclina.

En ella estriba todo el gran denuedo

De la española intrépida osodía;

Ella al indio crüel dió espanto y miedo;

Porque sin ella España ¿qué sería?

Ya miro que la fe de Recaredo

Alumbró los antípodas del día,

Y el sacerdote (asombro allí no visto)

Baja á sus manos con su voz á Cristo.

Con pacíficos ramos en hilera

Los soldados cantaron el *Hossana*,

Con tal seguridad cual si allí fuera

La basilica insigne toledana;

Y présaga la mente verdadera

Ya ve que la soberbia castellana

Va por su rey y religion triunfante

Á hacer portentos, que al infierno espante.

¡Ay, que ya me parece que mirando

Estoy encadenado á Motezuma

Por ese hombre feroz, digno del bando

Que resistió la omnipotencia suma!

Mil naciones humildes tributando

Adoracion con oro, aroma y pluma :

¡Tremendo Dios! ¡tanto favor á sola

La soberbia fierísima española!

Mas no nos acobarde el grande intento,

Espíritus rebeldes, que mayores

Fueron los nuestros, cuando al alto asiento

Del mismo Dios clamamos con furores.

La grande empresa excite nuestro aliento,

De ellos mismos nos valgan los rencores ;  
 Pues para España no hay en la campaña  
 Mayor contráριο que la misma España.

Miéntras Narváez á impedirlo llega  
 Hinchendo el leste su volante lona,  
 Con sedicion amotinada y ciega  
 Arda en tumulto el pueblo de Belona.  
 Dijo ; y al punto el báratro se entrega  
 Á horrenda confusion, gimió Gorgona,  
 Silban y braman monstruos diferentes,  
 De quimeras, dragones y serpientes.

No de otra suerte, ó con menor estruendo,  
 Desgajándose el polo centellante,  
 Su clara luz el cielo oscureciendo,  
 Reventando el infierno horror tronante,  
 Los astros de sus círculos cayendo,  
 Naturaleza absorta y vacilante,  
 Temblarán cielo, tierra y mar profundo  
 En la profetizada fin del mundo.

Mas ya Portocarrero las amarras  
 De un tajo rompe, al piélagos sonante  
 Los lleva el viento, ondean ya las garras  
 En las banderas del leon rapante ;  
 El rumbo anhelan de españolas barras,  
 Y á lo léjos el peto relumbrante  
 Muestra Montejo, é izan presurosos,  
 Dejando largos surcos espumosos.

Con lágrimas los siguen y gemidos,  
 Y el buen viaje gritan desde tierra  
 Los tósigos de averno enfurecidos  
 En los ánimos flacos hacen guerra.  
 Grado con los Peñates atrevidos,  
 Mal en el pecho su furor encierra ;  
 Junta en corrillo el vulgo bajo y fiero,  
 Lenguaraz á la chusma habló Escudero.

¿Y hasta cuándo, infelices, les decia,  
 Durará vuestro engaño? ¿y hasta cuándo  
 Creeréis la temeraria altanería  
 De ese imprudente, á quien le dais el mando?  
 No es valor la frenética osadia,  
 Ni el ir á un mundo entero contrastando  
 Con tan corto escuadron, que aunque triunfemos,

Que crédito le den no lograremos.

Ya sé que el macedon, sé que el romano

Venció batallas é infinitas gentes;

¿Mas qué ejército impulso dió á su mano?

¿Y qué preparativos diferentes?

No negaré el esfuerzo castellano,

Supondré á los contrarios no valientes;

Mas ¿qué espíritu basta á la defensa

De quien resiste á multitud inmensa?

Finja el caudillo que animados troncos

Volcáis cual la segur en la montaña,

Y que su antara y caracoles roncós

Ni á la venganza incita, ni á la hazaña;

Que son cobardes, bárbaros y broncos,

Que el fulminante azufre los engaña;

Que cual centauros juzgue su rudeza

Hombre y caballo todo de una pieza.

Mas ¿cómo negará la muchedumbre

Temible, que á flechazos descendiendo

Sobre nosotros, hizo ya costumbre

De las bombardas el terrible estruendo?

¿Ni el impulso y tremenda pesadumbre,

Que muestra el que evitó su fin horrendo

En roto escudo y abollado casco

De las fuertes macanas de Tabasco?

Y cuando el clima y la naturaleza

Contra nosotros mismos no se armara,

¿Cuánta ventaja lleva la fiereza

Del indio montaraz y astucia rara?

¿Quién ignora el ejército y grandeza

De Motezuma atroz, que ya prepara

Á sus deidades en banquete infausto

De nuestros cuerpos hórrido holocausto?

¡Ay, cuánto afan y muerte nos espera!

¡Y cuán pocos á España volveremos!

Ya experimentaréis el alma fiera

De Cuauhtemuch, su furia y sus extremos;

De Miscuac, que un caiman trae por cimera

Tarde el ímpetu audaz conoceremos:

Y es, si acaso triunfamos, solamente

Porque otro en torpes vicios se alimente.

Yo vi á Teutile y Pilpatoc severo

Cómo volvió la espalda, despreciando  
 Al mismo Hernan Cortés ; sé que guerrero  
 Se arma en Tlascala innumerable bando :  
 Ni el extender el culto verdadero,  
 Ni el gran deseo de humillar al mando  
 Del monarca español la tierra opresa,  
 Disculparán tan temeraria empresa.

¡ Oh locura ! ¡ Los moros africanos,  
 Ricos, vecinos, moros y valientes,  
 Infestan nuestras costas ; y lejanos  
 Venimos á vengarlo en otras gentes !  
 Sin trabajo, ¡ oh famosos castellanos !  
 Mil reinos les tomáramos potentes ;  
 Y mas nos cuesta aquí sólo buscarlos,  
 Que lo que allá costara el conquistarlos.

¿ No es afrenta del pueblo bautizado,  
 Que esté en prisiones la sagrada Hefia,  
 Habiendo él con sus armas ya llegado  
 Hasta el nadir y el túmulo del dia ?  
 Allá sí que católico soldado  
 Con fe valiente desalojaria  
 De tu muralla el bárbaro gentío,  
 Santa Jerusalem, el brazo mio.

Mas si Cortés tan imposible hazaña  
 Quiere hacer, muera, ó pierda la obediencia ;  
 Pues no es razon de la lealtad de Españ  
 Que así se abuse en tanta contingencia :  
 Ciega esperanza al corazon engaña ;  
 Pero sepa enmendarlo la prudencia.  
 Seguidme, dijo, al mar : grita la gente,  
 Cunde el tumulto arrebatadamente.

Como cuando en la octava maravilla  
 Del grande Escorial tan celebrado  
 Se mueve el coro, donde el arte brilla  
 Al furioso huracan desenfrenado :  
 Tiembla el panteon, la altísima capilla  
 Y estupendo cimborio agigantado,  
 Por los claustros bramando el aire zumba,  
 Y el pórtico magnífico retumba ;

Así la zuiza militar en tierra,  
 Y á bordo la marítima zaloma  
 Se escucha con motin y civil guerra,

Y oculta rebelion el rostro asoma.  
 Cortés, en cuyo corazon se encierra  
 Valor, á quien ningun peligro doma,  
 Las filas corre, y lleno de osadía :  
 Compañeros heroicos, les decia :

¿ Qué es esto, generosos españoles ?  
 ¿ Qué es de vuestro valor ? ¿ qué estoy oyendo ?  
 ¿ Vosotros sois de la milicia soles ?

¿ Á vuestro brazo el orbe está temiendo ?  
 Con que vuestras mesanas y penoles  
 Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo ;  
 Con que osasteis lo mas con alma presta,  
 Ó despreciáis lo poco que nos resta ?

Pues no lo despreciéis, que altas hazañas  
 Dignas de vuestro ardor habrá algun dia.

¿ El riesgo apeteceís de las campañas ?

¡ Qué propio en la española valentía !

Ya me daréis albricias por extrañas

Empresas, que hollará vuestra osadía ;

La fama con excelso y nuevo canto

Pondrá en el mundo admiracion y espanto.

No el vil temor ataja vuestro brio,

Ni olvido tanta hazaña celebrada :

¿ Dónde está, dónde, aquel soldado mio,

Que á Maila dividió su ardiente espada ?

¿ Ó el que en el espantoso desafio

Con Tumpoton de maza barreada

De una estocada, que alto impulso encierra,

Al bárbaro clavó contra la tierra ?

Aquí estáis todos, compañeros fieles,

Yo por vosotros moriré el primero :

Vamos, dijo, á vencer. Mas los noveles

Se arremolinan en tumulto fiero ;

Con las dagas hiriendo en los broqueles

Insta por Cuba el vulgo vocinglero,

Crece en las voces el teson é instancia,

Y en el caudillo invicto la constancia.

Bien como cuando el mar embravecido

Se altera, se entumece y alborota,

Y de uno y de otro viento compelido

De la alta Gades la muralla azota ;

¿ cuyo choque, aunque tan repetido,

Eternamente permanece inmota,  
Sin que á las olas su constancia amanse,  
Ni de embestirla el piélagos se canse.

Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,  
Arremetió el caballo poderoso,  
Que alza menuda braja con las manos  
Al ímpetu feroz y sanoroso ;  
Y dice : auxilios débiles humanos  
No den favor al corazon medroso :  
Ó venza, ó muera : su única esperanza,  
Caiga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atars con gallardía,  
En los estribos todo el cuerpo alzando,  
Fulmina el fresno, y rápida cruja  
La banderilla, y silba reguilando ;  
Y á la nao capitana, á quien mecia  
Blanda mareta, llega atrevesando  
De una á otra banda, y al impulso internas  
Retumbaron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma y los grumetes luego  
Saltar á nado á la cercana orilla,  
Que el ancho boqueron con agua ciego  
Á borbotones llena la escotilla,  
La amura de estribor cede al trasiego,  
Cae de costado, y la alta popa humilla  
Su balconaje, y las furiosas olas  
Entran por las abiertas portañolas.

Á pique va sin tempestad la armada,  
Porque los españoles animados  
De la alta accion, con prisa acelerada  
Dan barreno á los buques ancorados.  
El fiero Hernan Cortés con vista airada  
Terror infunde, y á los alterados  
Que en la conjuracion mostraran brio  
Hace dar al traves con su navío.

Esto mismo Carrasco, y esto hacía  
Álvarez Chico ; Yáñez arrebatá  
Una hacha de armas, la *Carlinga* heria  
Dando al golfo su golpe entrada grata ;  
Gines en el bajel que conducia,  
Cual si fuera enemigo desbarata  
Toda la eslora, á cuyos roncós sones

Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte galeon empavesado,  
Que comandaba Ordaz el arrogante,  
Su mismo capitán le ha despalmado  
Por dar satisfaccion de sí bastante;  
Y Arvenga el levantisco ha disparado  
Al branque de otro un tiro fulminante  
Y la proa y baupres desaparecen  
Entre pompas y círculos que crecen.

Á fondo van así los corpulentos  
Bajeles ; pero ciegos los soldados,  
Los estragos del agua juzgan lentos,  
Tal los tiene el caudillo ya inflamados.  
Impacientes, furiosos y violentos,  
De alquitrán mil hachones y embreados  
Fuegos arrojan, prenden al instante  
Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa,  
Y el betún y fortísimos tablones;  
De Vulcano la cólera furiosa  
Desune el calafate y trabazones,  
Extiéndese la llama sonora,  
Y á formar condensados nubarrones  
Con vapor negro asciende hasta lo sumo  
En confusas pirámides el humo.

Fenece así el belísimo navío  
Del hermoso Saucedo bombardeado,  
Al que en Sanlúcar vió zarpar el río  
De flámulas y jarcias adornado :  
Tambien, Godoy, al tuyo fuego impío  
Quemó, y al de Moron bien artillado,  
Al que condujo á Dávila violento,  
Morla el fuerte, y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecian  
De tanta armada trozos solamente  
Medio quemados : popas se veían  
Y proas de oro envuelto en llama ardiente,  
Pedazos de banderas que se hundian,  
Que el agua ó fuego nada allí consiente.  
Y aniquilan los míseros fragmentos  
Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, cuando hasta los oscuros

Senos del mar con ímpetu silbando  
 Ciega legion de espíritus impuros  
 Se precipita, el ponto rebramando.  
 ¡ Albricias, noble España ! que seguros  
 Tus vencimientos son, y al cielo alzando  
 La alegre vista, mira cómo el cielo  
 Te da el premio, esperanzas y consuelo

Pues cándida paloma descendiendo  
 Sobre los pabellones, el alado  
 Giro tendió hácia Méjico, luciendo  
 Con los visos y albor tornasolado,  
 El aire en luz purísima vistiendo :  
 Cual descogiendo el arco variado  
 La ninfa de Taumante hácia poniente  
 Trae mil colores con el sol enfrente.

Cortés ambas las manos levantadas  
 Dice : Ya entiendo, espíritu divino,  
 Que no de mi fervor te desagradas ;  
 Sigo pronto tu anuncio y mi destino.  
 Los suyos por la cruz de las espadas  
 Juran no desistir del gran camino,  
 Hasta ensalzar, en vez del dios horrendo,  
 La cruz que tremolada van siguiendo.

En la hazaña el ejército se empeña,  
 Ya resuena el clarín y cajas luego,  
 Crece la aclamación, y hecha la seña.  
 Marcha el campo español : ya no hay sosiego  
 Equilibrase el bronce en la cureña ;  
 Y aplicando la mecha al botafuego,  
 Con ronco estruendo globos infernales  
 Reventaron los cóncavos metales.

Los ídolos de Méjico temblaron  
 Al gran rimbombe, y que á su culto aguarde  
 Mudanza triste, absortos recelaron  
 Ciegos ministros con terror cobarde.  
 Si las musas mi verso eternizaron,  
 Mientras fiero el león de España guarde  
 Con las terribles zarpas ambos mundos,  
 Á pesar de enemigos furibundos ;

Heroico Hernán Cortés, será cantada  
 Tu acción por cuantos doblan la rodilla  
 Al monarca español, que en fe acendrada

El orbe que ganaste se le humilla ;  
 Tu accion, que dió á la fama voz no usada,  
 Al universo espanto y maravilla,  
 Júbilo al cielo, llanto al arco impío,  
 Y alta materia al rudo canto mío.

---

## REFLEXIONES CRÍTICAS

de la edicion de 1785.

### QUE SE ATRIBUYEN Á MORATIN EL HIJO.

En este canto se propuso el autor seguir el rumbo de los mejores épicos antiguos y modernos, sin ceñirse rigorosamente á la historia, ni alterar ó confundir los hechos principales de ella, pues uno y otro sería culpable. Así es que Ercilla, por seguir lo verdadero, se olvidó de la ficcion poética; y queriendo despues unir en algunas partes una y otra circunstancia, como la falta consistia en el plan, no consiguió lo que deseaba, haciendo una obra que ni es historia, ni ménos epopeya. Valbuena, por imitar en su *Bernardo* la desarreglada abundancia de Ludovico Ariosto, tocó el extremo opuesto. Allí todo es ficcion, todo adorno poético, todo episodios: el suceso principal se confunde entre tantos accesorios que, hacinados sin oportunidad ni conexion, fatigan al lector, y no le deleitan; le llevan de una á otra parte, sin dirijirle á la contemplacion del principal y único objeto, mostrándole infinitas riquezas para no dejarle gozar ninguna.

Evitando pues Moratin tales defectos, ordenó su fábula de esta manera. Despues de la proposicion é invocacion, se describe la reseña del campo español en las cercanías de Vera-Cruz. Cortés, deseando enviar mensajeros á Castilla, pregunta á los suyos, quién será de ellos el que se atreva á hacerlo. Preséntanse Alonso Hernández Portocarrero y Francisco Montejo; admítelos el general, y se previenen para el viaje. Luzbel en tanto convoca los espíritus infernales, mandándoles que se opongan á las ideas de los españoles. Hácenlo así, y excitan la discordia y motin en el campo, cuando Montejo y Portocarrero se hacen al mar. Cortés procura aplacar los ánimos inquietos: habla á sus gentes; pero viendo la obstinacion de los sediciosos, resuelve dar al traves

con toda la armada : arroja la lanza á la nave capitana ; y advirtiendo sus parciales la determinacion, queman y destruyen los navíos. Cortés, viendo manifiestas señales de la proteccion que el cielo le concede, se inflama en nuevos deseos, levanta el campo, y marcha con los suyos la vuelta de Méjico.

Convenia dar noticia de los famosos capitanes que sirvieron en aquella jornada : por esto introduce el autor con oportunidad la reseña del ejército. Los príncipes de la épica, Homero, Virgilio, Tasso, y entre los nuestros Lope de Vega, Valbuena, etc., lo hicieron tambien con el mismo intento. En los demas poemas, ademas de pintar las armas, caballos, etc., en particular describieron allí sus autores várias naciones guerreras, cuyos trajes, países, costumbres y otras particularidades ofrecen ancho campo para lucir la fantasía y erudicion del poeta, como Homero lo practicó felizmente en el segundo libro de la *Iliada*. Pero el autor de este canto se vió reducido á mas estrechos límites. ¿Cómo podria hacerse una tan pomposa descripcion de un ejército tan pequeño? ¿cómo hacer allí mencion de naciones diversas en patria y costumbres? Aun usando toda la licencia de exageracion, que se concede al poeta en tales circunstancias, no pudo este hacerlo sin nota de inverosimilitud. Ciñóse únicamente á pintar con los mas vivos colores los ilustres personajes que nombrados fueron por sus hazañas en aquella conquista; extendióse cuanto lo pudo permitir el asunto que manejaba; y no dudo que hallará el lector mucho que admirar en este punto.

No basta que haya variedad en las cosas que refiere un poeta : es necesario que la haya tambien en el modo de referirlas ; pues suele suceder en una narracion poética que siendo todas las partes de que se compone escogidas y diferentes, resulta no obstante el todo desagradable por demasiada uniformidad en el plan de la narracion. Por esta causa varió el autor artificiosamente este pasaje valiéndose de la narracion épica y de la dramática, como Lope de Vega en el canto XIX de sa *Jerusalen*. En las primeras octavas habla por sí solo el poeta ; y despues, siguiendo la misma materia que habia comenzado, introduce á la india doña Marina que, deseosa de saber quién son aquellos que ve presentes, hace á Jerónimo de Aguilar que la diga sus nombres y circunstancias : así pone el autor en boca de este todo lo restante, y anima el discurso por este medio con agradable variedad. En la epopeya habla el poeta, é introduce personajes que, ocultándose él, alternan en la narracion con discursos, que él por sí solo no podia proferir. De aquí resulta que el lector ve presentes aquellos su-

cesos; pierde de vista la ficción; ya no es Homero el que habla; es Aquiles que se queja de Agamenon por las injurias recibidas; es Príamo, que pide angustiado el cuerpo de su querido Héctor, ó Andrómaca que, viendo á su esposo difunto, llora inconsolable su propia desventura, la del tierno Astianacte y la total desolación de Troya.

Pero observemos cuánto lució la fantasía del autor en el pasaje que se va examinando. Todo él forma un cuadro vistoso y agradable; y el motivo de serlo es, que un poeta dotado de fecunda imaginación (dádiva de la naturaleza), pasa á figurarse presentes las cosas sucedidas ó posibles: ve distintamente todos los objetos que realmente se ofrecerían según las circunstancias, después valiéndose del arte, elige lo que es más oportuno para su intento; y aquello lo mejora, adorna y ordena poéticamente. No todos tienen igual viveza de fantasía, no todos tienen gusto delicado para saber elegir lo mejor, ó lo más conveniente; y esta es la causa de que manejando dos poetas un mismo asunto, el uno sorprende y arrebató, cuando el otro disgusta, ó porque le faltó abundante fantasía, que le presentase imágenes, ó porque no supo escogerlas y mejorarlas, ó porque no las supo ordenar.

Al son de la música militar se presentan sucesivamente aquellos héroes á quienes debe la nación mayores glorias. Los escudos con divisas diferentes, ya con blasones de sus familias, ya con empresas particulares; los yelmos coronados de plumas, que mueve el viento; los trajes de diversos colores, las bandas, las armas, los caballos de generosa raza: ¡qué vista presenta todo esto tan agradable! En otra parte Aguilar, que razona con doña Marina vestida á la usanza india, ofrece otro objeto diverso y hermoso. Mercado, soldado de corta edad, paje de Cortés, viene á caballo apartando multitud de indios, que admiran aquel nuevo espectáculo; y avisa al ejército que el general se acerca. Suena confusa vocería por todo el campo, dispara la arcabucería y artillería, cuyo estruendo llega retumbando hasta la opulenta Méjico. Corral, Volante y Rangel abaten al suelo las banderas. Ya llega Cortés. El poeta agitado extraordinariamente invoca á la divina Clio, para que levante su ingenio á cantar con digno espíritu tan gran caudillo; y pasa después á pintarle con toda la fuerza y expresión de que es capaz la poesía y la lengua nuestra.

Bello es á mi parecer este pasaje; pero sus perfecciones no son de aquellas cuyo conocimiento está reservado á la inteligencia de los profesores del arte: cualquiera que con atención le leyere no puede menos de alabar el acierto con que lo expresó

el autor; y el que no halle en él cosa apreciable, no sé si diga que tiene mucha ignorancia, ó mucha envidia, ó todo junto.

En el razonamiento que hace Cortés á sus soldados refiere brevemente los sucesos mas notables de aquella jornada, para que así lo cuenten en España los mensajeros que ha de enviar. Por este medio se informa al lector de la oposicion de Diego Velázquez á Cortés, del viaje de este, de la destruccion de los idolos en Cozumel, la entrada por el rio de Grijalva, la resistencia de los indios y su vencimiento; y por último se da noticia de Motezuma, á cuya corte dirige el capitan su marcha para estorbar la crueldad de sus horrendos sacrificios, y establecer en aquel vasto imperio la fe católica.

En la *Odisea*, *Eneida*, *Henriada* y otros poemas tenemos ejemplo de estas narraciones episódicas, en las cuales trata el autor de lo que precedió al principio de la accion de su obra. La relacion de Enéas á Dido, en el segundo y tercero libro de la *Eneida*, no era absolutamente necesaria para que la accion fuese completa: esta comienza en la tempestad que arrojó las naves troyanas desde Sicilia á las costas de África: así que, dichos dos cantos son una parte episódica del poema; pero sin ellos quedaria la obra imperfecta precisamente, por ignorar el lector sin este auxilio las causas anteriores de que resultaron despues aquellos sucesos. El poeta épico elige un solo pedazo de la historia para disponer sobre él la fábula de su poema; pero nunca dejará en silencio los antecedentes que tengan precisa connexion con el asunto que trata; si bien necesita no poco estudio para saber cuáles cosas debe manifestar, y cuáles omitir, en cuál ocasion y de qué modo debe referirlas. En el presente canto se insinúan por boca de Cortés los acaecimientos anteriores al que sirve de asunto, como ya advertí; y aunque pudiera el autor haberse dilatado mas en ellos, ciñó su discurso quanto fué posible; pues siendo toda la obra de corta duracion, debia guardar en todas sus partes la proporcion correspondiente, para que ninguna de ellas fuese monstruosa por su demasiada grandeza. En una epopeya completa podia el escritor ocupar algunos cantos con la narracion de tales sucesos, pero en esta obra sería defecto dar á aquel pasaje mayor extension.

Cuando Montejo y Portocarrero se ofrecen á llevar el mensaje á España, Tórres, soldado anciano, exclama al cielo lleno de regocijo, viendo el esfuerzo intrépido de aquellos jóvenes; se acerca á ellos, y apenas pronuncia sollozando tiernamente, vierte lágrimas de alegría, los abraza, y con trémula mano les tienta el

pecho y las diestras robustas; quítase de los hombros el tahalí, que fué un tiempo del Malique Alabez, y el morrion que cubria sus canas venerables; él mismo da estos despojos á aquellos dos guerreros; despídese de ellos amorosamente; ya no espera volver á ver su dulce España, y fatigado de los años y los trabajos, desea acabar su vida en aquellos países, cuidando del templo de la Virgen nuestra Señora. ¡Qué afectos tan tiernos excita este pasaje! Aquel fuerte soldado, que venció en Baza á Malique Alabez, hoy cubierto de canas, ofrece sus armas, para que las manejen en nuevas empresas los que gozan florida edad, fuerzas y valor: se regocija de ver que aun no se ha extinguido el ardimiento español; que todavía, como cuando él era mancebo, hay varones osados que acometan grandes peligros; se despide por última vez de aquellos jóvenes guerreros, y conoce que ya no verá mas á España. ¡Qué sentimiento, morir entre gentes bárbaras, en regiones tan apartadas de la patria dulcísima! Quiere ya descansar de tantos afanes: su edad y su virtud no deben inspirarle sino ideas de religion: él se ofrece á cuidar del templo y aras de la Virgen: él solo se va á quedar entre tantos millares de idólatras, y se queda contento: despues de una carrera tan larga, tan llena de glorias, en que expuso su vida al furor enemigo por la fe, por su príncipe, por la pública felicidad, habitador del santuario, quiere dedicar en él los últimos instantes de su vida al culto de Dios, coronando con esta religiosa accion todas las otras.

Á este tiempo Luzbel congrega en los abismos á sus secuaces, para estorbar los designios de los españoles. En esta oposicion consiste lo maravilloso de la fábula. En la epopeya luce particularmente lo majestuoso y admirable de la poesía. Inflamado el poeta de un ardor divino, se arrebatá á lo mas grande, á lo mas sublime: ve nuevas regiones, produce, digámoslo así, nuevos mundos: lo cierto, lo posible, lo ideal, todo contribuye á facilitar al héroe las empresas mas difíciles. De aquí resultan aquellos sucesos maravillosos, que deciden de la suerte de los imperios, vencidos los mayores obstáculos, y ensalzando á lo sumo á un hombre, que favorecen las mismas deidades. De la union de acciones humanas y divinas, posibles y sobrenaturales, resulta lo que se llama máquina en las obras épicas. Los antiguos introdujeron en sus poemas los dioses que veneraban, y estos, favoreciendo ó estorbando con su poder las empresas de los hombres, componian lo maravilloso de la fábula, su progreso, nudo y conclusion.



Si debe ó no usarse la mitología, despues que la verdadera religion ha destruido aquella vana creencia, ha sido siempre materia muy disputada entre los críticos. Pero ¿quién será el que, haciendo revivir las fábulas del paganismo, se atreva á usarlas en un asunto sacado de la historia moderna? ¿Á cuántos errores y contradicciones tiene que exponerse? Sannázaro, Camoens y otros incurrieron en esta falta. El mas ciego partidario de la ficcion antigua, leyendo las *Lusiadas* hallará en ellas una general confusion de ideas, y una mezcla de lo mas sagrado de nuestra religion con lo mas profano de la gentilica : defecto que oscurece en gran parte el conocido mérito de aquel autor. Y á la verdad, ¿qué cosa puede hallarse mas repugnante que el concilio celebrado por Júpiter para tratar de las cosas del Oriente, y del éxito que deben tener las navegaciones de los portugueses? Baco los aborrece sobremanera, y pretende por todos modos estorbar su llegada á la India. Vénus los ampara, porque tiene entendido de las parcas, que aquella gente ha de celebrarla por todos los países que domine. Marte sigue el partido de esta diosa; y de aquí provienen despues todas las felicidades y desgracias que experimenta el héroe en su larga navegacion. Pero donde á mi parecer hay mas que notar sobre este punto, es en el canto segundo de dicha obra. Vasco de Gama, habiendo partido de Melinde, navega hácia la India; Baco baja á los palacios de Neptuno; ruégale que convoque á los dioses marinos : Triton les llama, y estando juntos, Baco implora su favor contra los portugueses sus enemigos : los dioses prometen ayudarlo; y lo hacen, excitando una furiosa tempestad, que pone á la armada cristiana en próximo riesgo de perderse : Vasco de Gama, á vista de tal conflicto, exclama diciendo :

Divina guarda, angélica, celeste,  
 Que os ceos, o mar, et terra senboreas,  
 Tú que á todo Israel refugio deste  
 Por metade das agoas eritreas,  
 Tú que libraste Paulo, et defendeste  
 Das sirtes arenosas et ondas feás,  
 E guardaste eos filhos o segundo  
 Povoador do alagado et vacuo mundo, etc.  
 No fim de tantos casos trabalhosos,  
 Porque somos de tí desamparados  
 Se este noso trabalho naon te ofende,  
 Mas ántes teu serviço só pretende ?

De esta manera pide al cielo le libre del riesgo en que se halla; y parece que á tal súplica debia descender un paraninfo enviado

del Omnipotente á sosegar con sola su presencia las embravecidas ondas del mar. Pues no es así; él invoca al verdadero Dios, protector del pueblo de Israel, de Noé y del apóstol Pablo; y la diosa Vénus viene á socorrerle acompañada de várias ninfas. No es necesario detenerme mas para hacer ver lo desatinado de este pasaje.

Tales inconvenientes resultan del uso de las fábulas antiguas en la epopeya: hoy son despreciables para nosotros aquellas ficciones; como no son creidas, no pueden mover el corazon, ni causar los efectos que desean los que las usan.

Une merveille absurde est pour moi sans appas :

L'esprit n'est point ému de ce qu'il ne croit pas.

¿Ni cómo podrá expresarse con propiedad el carácter de los héroes, si se mezclan en la fábula las deidades gentílicas; Pelayo, Alfonso VIII, Fernando V no pueden tener otro carácter que el de príncipes religiosos, restauradores de la monarquía española, azote y terror de los infieles; sus acciones y discursos deben manifestar, en cualquier poema que de ellos se forme, estas prendas suyas; pero si un poeta nos presentase á cualquiera de ellos combatiendo ejércitos enemigos con el favor de Juno ó Minerva, destruiria precisamente lo verosímil, hallaria á cada paso ideas opuestas y dificultades que no es posible vencer, formando de su obra una masa informe, despreciable á los ojos de cualquier hombre de mediano talento.

Y si observamos nuestra religion, ¿qué no hallaremos en ella adaptable ó la poesía heroica? Un Dios omnipotente, que formó el universo con sola su palabra, que todo lo cria, lo alimenta y lo sostiene; un Dios, á cuya voz terrible tiemblan los cielos y los abismos; los ángeles, ministros suyos ó para el favor ó para el castigo; los bienaventurados, otros tantos héroes fortísimos, que en premio de su virtud gozan de un eterno é incomparable galardón, protectores de los hombres que los invocan y reverencian. Por otra parte el príncipe de las tinieblas y secuaces infelices, que ven con dolorosa envidia levantarse el linaje humano á ocupar las moradas célestes, que ellos perdieron por su soberbia. ¿Cuán abundante materia ofrece todo esto á un poeta que, ayudado de ingenio y gusto, quiera unir en la epopeya lo verosímil á lo maravilloso?

Ni sólo á esto se reducen sus facultades: las cosas morales y físicas toman nueva forma, las da cuerpo, voz y accion. La envidia, el sueño, la discordia, la guerra, la muerte, el furor,

etc., suplen muy bien por otras deidades que perdemos abandonando la mitología. Además que esta privación no se extiende á ciertas frases y modos de decir poéticos con que los mejores escritores han expresado ciertas cosas, que sin imitar á los antiguos no podrían decirse tan gallardamente. Llamar Febo al sol, al iris la ninfa de Taumante, á la aurora esposa de Titan, y otras expresiones semejantes á estas, además de no alterar ellas por sí solas la composición de la fábula, están ya recibidas de suerte que no es posible ni conveniente desecharlas.

El Tasso reformó con mucho acierto este punto, y en su *Jerusalén* abrió nueva senda, que han seguido después otros muchos con más ó ménos felicidad. El autor de este canto, firmemente persuadido de la solidez de estas ideas, adoptó lo mejor. Resta saber si usó lo maravilloso con oportunidad y acierto.

No debe el poeta, por ostentar lo sobrenatural y prodigioso mezclar á cada instante las deidades sin aparente necesidad. *Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus incidereit*. Homero, según algunos críticos, no guardó escrupulosamente este precepto; y parece que Virgilio pudiera haber omitido la intervención de Iris en la muerte de Dido: para morir no necesitaba aquella reina auxilio celestial: la espada de Enéas bastaba para matarla.

Luzbel se declara enemigo implacable de Cortés, que es decir, va á estorbar las empresas de aquel famoso capitán; aquel á cuya prudencia y valor ha de rendirse el dilatado imperio de Méjico, el que ha de aniquilar la impiedad y ciega idolatría de sus habitantes, esparciendo en ellos la fe de Jesucristo. Apenas se hallará en la historia de muchos siglos otro héroe y otra conquista, que den igual motivo á introducir en una epopeya semejante ficción. Veamos pues si el autor la usó en lugar oportuno.

Habla Luzbel á sus secuaces cuando se embarcan para España los dos enviados de Cortés, soldados que han sido ya testigos de la suficiencia del general; que han visto ya los primeros ensayos de su constancia, valor y atrevimiento en los peligros de mar, que ha superado dichosamente: en Cozumel, donde á vista de innumerables gentes ha destruido los horrendos ídolos, en que el demonio recibía adoración é inciensos; y en Tabasco, cuyos habitantes, que le recibieron como enemigos, ya vencidos y escarmentados, le reverencian. Ya saben las ideas de su caudillo; tienen noticias ciertas de Méjico, la extensión de sus límites, las calidades del clima y demás circunstancias. Esto, acompañado con los magníficos presentes que llevan va á excitar

en el ánimo guerrero de los españoles deseos vivísimos de cruzar el Océano, y ser partícipes de las fatigas y la gloria de aquella jornada. Cárlos V, príncipe belicoso y grande, se agrada de ver extendido su imperio hasta aquellos remotos países. La ocasion se acerca en que las monarquías de occidente van á rendirse al yugo español. Todo esto mira presente Satanas, y conociendo lo que podrá resultar de tales principios, va á estorbar (si le es posible) el disgusto que le amenaza.

Como se halla agitado de la indignacion y el furor, no es creíble que en tal ocasion se valga de largo exordio y preámbulos artificiosos para manifestar á los que le escuchan su deseo. « ¿ Con qué no sólo, dice, sereis vencidos del arcángel, que resplandeció con pura luz, sino tambien de los abatidos hombres ? » ¡ Qué horror ! Vosotros, ó eternos espíritus, que os atrevisteis contra el Criador, ahora teméis á los que son hechura suya ? ¿ Sufrireis, con ultraje y afrenta vuestra, que un hombre intente la destruccion de vuestro imperio ? » Así empieza. Despues para excitarlos á la venganza pinta el estado en que se ve la idolatría : ya Cortés prohíbe los sacrificios de víctimas humanas ; consagra templos á la Madre de Dios, y en ellos el sacerdote hace con su voz que baje á sus manos Jesucristo, asombro nuevo en aquellos países. Pasa despues á decir lo que resultará precisamente, para que no se dilate el remedio, viendo manifesto el peligro. Ya ve que la soberbia española va por su religion y su príncipe á ejecutar prodigios que darán espanto al mismo infierno ; ya le parece que ve aprisionado al gran Motezuma por aquel hombre terrible ; ve mil naciones tributarias rendirse obedientes al poder español. Pero conviene no desanimar á los que deben ayudarle : la pintura del riesgo se dirige á prevenir su astucia, no á excitar en ellos el desaliento ; por esto acaba su discurso animándoles á la empresa. « Mayor atrevimiento fué el nuestro, les dice, cuando aspiramos al alto trono de Dios : excite nuestro brio la misma dificultad : para vencer á los españoles, ellos mismos sean el instrumento ; y mientras llega Narváez á estorbar sus triunfos, haced vosotros que reine el tumulto y sedicion por todo el ejército cristiano. » Así concluye. Todo el infierno se conturba : óyese por todas partes el onjuso estruendo que causan los monstruos que se encierran en él. Va el poeta á dar una comparacion de este horror, y dice que no será de otra suerte el trastorno general de la naturaleza, cuando la inmensa máquina del orbe llegue á su fin. Ignoro ciertamente cuál comparacion pudiera hallarse mas propia ó mas

poética para denotar la alteracion y trastorno horrendo que causaron en el abismo las palabras del indignado Satanas.

Ya se hacen al mar los dos enviados de Cortés, y á este tiempo esparcen la sedicion y alboroto en el ejército los espíritus infernales. Alonso de Grado, los Peñátes de Gibraleon y Pedro Escudero renuevan la instancia de volverse á Cuba, no bien hallados con la rígida disciplina que hacía observar el general en todas sus tropas, ó indignados de haber ellos sido escarmiento á los demas con el castigo de sus delitos. Escudero, mas que todos inquieto y atrevido, habla á los soldados : dice primero cuán difícil es la conquista que ha proyectado Cortés ; le moteja de temerario ; expone los peligros y afares que van á padecer : para esto pondera la ferocidad y multitud de enemigos que les aguardan, su astucia, su intrepidez, sus armas, la diferencia del clima, la escasa noticia que se tiene de aquellas tierras, el poder de Motezuma, su ejército, sus capitanes cuya fama ha llegado ya á los españoles : todo esto lo acuerda para atraerlos á su voluntad, infundiéndoles temor, y haciéndoles que duden del éxito que podrá tener aquella jornada. Pero conociendo que el celo de la religion y el deseo justísimo de extender en aquel imperio la fe católica, son motivos suficientes para atreverse á las mayores dificultades, previene esta objecion diciendo, que si tal deseo los anima, en el África, vecina á España, pueden cumplirle, ó ya exponiendo gloriosamente su vida por libertar del yugo bárbaro la ciudad santa de Jerusalem. Así indignado contra el caudillo, excita en los mas débiles la rebelion, procurando persuadirles á que negando la obediencia al jefe, le desamparen.

Conmueven sus razones á los que le escuchan ; cunde el motin y alboroto por todas partes ; compara el poeta este ruido al que forman los aires impetuosos en la real fábrica del Escorial. ¡ Pero qué ideas ofrece en esta comparacion tan admirables ! La robustez y magnitud gigantesca de aquel edificio, el estruendo horrible que se escucha por todo él, y el ímpetu furioso del huracan, á cuyo impulso retiembla el coro, el panteon y la soberbia cúpula.

Cortés, invencible á vista del peligro, corre las filas, y con alegre semblante dice á los suyos : « ¿ Qué es esto, españoles, » compañeros míos ? ¿ Vosotros sois honor de la milicia ? ¿ Vosotros sois el terror del orbe ? ¡ qué estoy oyendo ! Con que supisteis despreciar intrépidos los mares alterados : con que os atrevisteis á vencer mayores dificultades ?... ¿ Ó despreciáis lo poco que nos resta ?... » Á la verdad no pudiera Cortés valerse

en tal ocasion de mejor exordio : en estas breves razones va á captar su benevolencia, é infundir en ellos estímulos de verdadera gloria : los alaba, les acuerda su patria, para que el honor los anime á no hacer bajezas indignas, porque son españoles ; los llama compañeros suyos, partiendo con ellos el mérito de tantas hazañas ; ensalza su constancia y valor en los trabajos padecidos, para que arrostitren los venideros con ánimo noble ; y cuando parece que iba á reprender su debilidad, corrige el pensamiento con aquella expresion : « ¿ Ó despreciáis lo poco que nos resta ? » Como si dijera : no es posible que esta connoccion sea efecto de inconstancia ó temor : vosotros creéis que á tan altos hechos no pueden seguir otros mayores, y despreciáis lo restante como indigno de todo vuestro aliento. « Pues no despreciáis, prosigue, que algun dia admiraréis nuevas empresas, muy dignas de tales varones. ¿ Apetecéis los riesgos de la guerra ? propio es de vosotros, que sois empañoles, este desseo ; pero ya llegará tiempo en que me agradeceréis haberos conducido adonde lograréis victorias, que publicará despues la fama, para dar con ellas admiracion al mundo. » De esta manera, olvidando el delito, les acuerda únicamente su obligacion ; y con singular artificio, cuando los aconseja, los alaba proponiéndoles el medio de borrar la cometida culpa. Despues hace mencion de aquellas hazañas particulares, en que mostraron su valor otras veces. « ¿ Dónde está aquel soldado mio que dividió á Maila ? ¿ Dónde está, añade, el que en el desafio de Tumpoton clavó al bárbaro contra la tierra ? Aquí estáis todos, ó leales compañeros míos. Yo el primero sabré morir por la patria : vamos á vencer. » Pero obstinados los sediciosos en su intento, ya no escuchan las razones del capitan : él en medio de tal desorden resiste invicto el teson horrible de aquellas gentes : ¡ qué heroísmo ! ¡ qué grandeza de alma ! Compárale el poeta en tal situacion al peñasco de Cádiz, que resiste inmóvil al furioso ímpetu de las ondas ; y refiere despues la última determinacion de aquel caudillo, que forma la solucion de la fábula.

Viendo pues el capitan que no era obedecido, pica el caballo, y corriendo hácia el mar, habla airado y resuelto : tira su lanza á la nave capitana ; acuden de una y de otra parte los que le son fieles ; y obedeciendo sus intentos, destruyen á porfía toda la escuadra. Por no dilatarme fuera de lo justo, hablaré de aquello mas notable que se halla en todo este pasaje. El modo con que está dispuesto es verdaderamente poético ; y juzga el autor ser cosa oportuna apartarse algun tanto de la historia en él, para

hacerle digno de la trompa épica. El que juzgue ser un defecto no haber seguido con escrupulosa nimiedad á Solís ó Bernal Diaz, seguramente ignora los principios del arte. Su mérito pues consiste ya en lo admirable y singular del suceso, que se debe á la buena disposicion de la fábula, y ya en las imágenes, que voy citar, con que lo adornó felizmente el autor. Cortés picando al caballo, que esparce con las manos menuda arena, se levanta sobre los estribos, alza atras la diestra fortísima, arroja su lanza, que va silbando por el aire, y atraviesa de una á otra parte la nave capitana, que mecia en las aguas blanda mareta; al golpe retumban las cavernas lóbregas; la chusma se arroja al mar para ocupar la cercana ribera; el gran bajel se sumerge poco á poco entre las ondas; los soldados destruyen prontamente las naves restantes, y huyen al centro los peces tímidos; Arvenga, el artillero dispara un cañonazo á uno de los buques, cuyo baupres y proa desaparecen, formando al hundirse grandes círculos en el agua: otros aplican fuegos, suena la llama, y asciende el humo por los aires en negra nube; ya sólo se ven por aquella inmensa llanura popas y doradas proas medio abrasadas y deshechas; una legion de espíritus malignos se precipita á los profundos senos del mar, y descendiendo una paloma sobre los pabellones, dirige despues su vuelo hácia Méjico: Cortés y los suyos, reconocidos á los beneficios del Altísimo, prometen no apartarse de aquella empresa, hácese la seña, suenan los instrumentos bélicos, desfilan las tropas, y á las descargas de artillería tiemblan en Méjico los simulacros abominables.

Tales son las imágenes poéticas con que adornó Moratin el último pasaje de su obra. Como todas ellas son propias y escogidas, resulta una pintura agradable y viva, en que se presenta á nuestra idea aquella heroica accion de Cortés, digna sin duda de los mayores encarecimientos. Si hubieran de notarse las demas circunstancias dignas de aprecio, que se hallan en esta composicion, se alargaria este exámen demasiadamente: baste haber dado una idea de su mérito, exponiendo lo que me pareció oportuno en la disposicion de la fábula, sus principales partes, y los afectos, caractéres, comparaciones, pensamientos y adornos de las fantasía, por ser esto lo mas noble y digno de consideracion en cualquier poema. Mis lectores podrán observar lo restante, ya por lo que toca á la moralidad que encierra la obra, ya por las máximas y el ejemplo que ofrece de una virtud no muy comun, y de un heroísmo el mas digno de imitacion y aplauso. Podrán asimismo reflexionar sobre la observancia de los

principales preceptos, y tambien el mérito singular en la versificación, colocacion de ideas, imitaciones, lenguaje poético, y otras circunstancias menores (aunque esenciales) que omití por no dilatarme en demasía.

Pero quisiera advertir á los ménos instruidos en este estudio, que si extrañaren algunas frases y modos de decir no ya muy comunes, que usó Moratin en su canto épico, ántes de reprobarlos consulten las obras de nuestros mejores poetas : examinen con atencion el lenguaje que hay en ellas, y cotejándole con el de la presente, hallarán entre este y aquel no poca semejanza. Es verdad que en sentir de algunos será culpable esta imitacion ; pero no lo juzgan así los pocos que cultivan con acierto la poesia castellana. Hernando de Herrera en sus comentarios á las obras de Garcilaso dice así : « Por nuestra ignorancia habemos estrechado los términos extendidos de nuestra lengua, de suerte que ninguna es mas corta y menesterosa que ella, siendo la mas abundante y rica de todas las que viven ahora ; porque la rudeza y poco entendimiento de muchos la han reducido á extrema pobreza ; excusando por delicado gusto, siendo muy ajenas del buen conocimiento, las dicciones puras, propias y elegantes... Los italianos, hombres de juicio y erudicion, y amigos de ilustrar su lengua, ningun vocablo dejan de admitir sino los torpes y rústicos. Mas nosotros olvidamos los nuestros nacidos en la ciudad, en la corte, en las casas de los hombres sabios por parecer solamente religiosos en el lenguaje ; y padecemos pobreza en tanta riqueza y en tanta abundancia. Permitido es que el escritor se valga de la diction peregrina cuando no la tiene propia ó natural, ó cuando es de mayor significacion. Y Aristóteles alaba en la poética y en la retórica el uso de las voces extrañas, porque dan mas gracia á la compostura, y la hacen mas deleitosa y mas retirada del hablar ordinario. Pero nosotros, sólo por huir el nombre de ignorantes, publicamos la ignorancia de la prudencia, y el poco juicio nuestro, desechando las que son en nuestra lengua puras, hermosas y eficaces, y sirviéndonos de las ajenas, impropias y de significacion ménos vehemente. Si esto es enriquecer la lengua y adornarla con joyas peregrinas, júzguenlo los que saben y tienen verdadero conocimiento de estas cosas. »

¿ Y qué podrá decirse de muchos de nuestros modernos escritores, que despreciando la diction poética, que tanto ornamento y gala añade á las obras de los antiguos, usan en las

suyas un lenguaje comun, débil y ajeno de toda belleza; de tal suerte que quitando las voces consonantes y la medida de los versos, quedan convertidas sus poesías en una prosa despreciable? Dirán que no hay razon para admitir en nuestros dias la locucion poética de los antiguos, porque el uso la desterró. Podria ser cierto cuando una dilatada serie de hombres doctos en esta ciencia hubiera ido desechando sucesivamente las voces y frases antiguas, usando en su lugar otras mas propias y elegantes. Pero sabida cosa es que así como todas las demas ciencias y artes, la poesía castellana decayó notablemente en el pasado y presente siglo. Á aquellos hombres grandes, cuyas obras merecieron general aplauso, sucedió una turba servil de copleros infelices, conceptistas ridículos, que careciendo, si no de ingenio, de prudencia y buen gusto, inundaron el Parnaso español con escritos inspidos, dignos solamente de aprecio entre el vulgo de los ignorantes. ¿ Serán estas obras las que han de probar que el lenguaje poético no debe usarse tal cual fué en los tiempos de nuestra buena poesía? ¿ Diremos que estos autores se valieron de nuevos modos de decir, porque los recibidos hasta entónces eran de ménos estimacion, ó porque no supieron otros? Y si de intento adoptaron otra diction, ¿ por qué adoptaron tambien otra poesía? ¿ por qué á los pensamientos sublimes, á las pinturas admirables, á las felices imitaciones de griegos y latinos, que tan abundantes son en nuestros buenos poetas, substituyeron tantas figuras de palabras, tantos equívocos, tanta falsedad en los pensamientos, tantas puerilidades, que se hallan á cada paso en sus escritos? Confesemos con ingenuidad que así como ignoraron lo que era buena poesía, así tambien carecieron de gusto y eleccion para lo demas. Despues de Herrera, Garcilaso, Fr. Luis de Leon, Jauregui, Lope, Ercilla, los Argensolas, y otros de su tiempo, sólo hallamos copleros, no poetas. ¿ Pues quién tuvo autoridad para desterrar la antigua locucion poética? ¿ Deberemos buscarla en las obras de Montoro, Gerardo Lobo, Benegasí, Cernadas, Leon Marchante, y otros de esta secta; ó en aquellos cuyas producciones tan alabadas son entre los hombres de buen gusto? Lo sabrán sin duda algunos modernos, que á fuerza de querer purificar nuestro idioma, le enervan y destruyen enteramente; de tal modo, que si llega á seguirse este errado método, dentro de pocos años hablará el poeta el mismo lenguaje que el orador, y perderá la divina poesía aquel precio singular que siempre la ha distinguido y realzado sobre la prosa mas elegante.

Por lo que toca á esta composicion no hallo otra cosa mas esencial que poder añadir ; si bien imagino que aunque logre entre algunos estimacion, no faltarán tampoco censores que la critiquen : pues como no se trata de hacer otra obra original mejor que ella, cosa harto difícil, el notar defectos y despreciarla es bastante fácil para cualquiera que se dedique á ello.

La corte abunda de eruditos, que no habiendo merecido á la naturaleza un talento sublime, cual se necesita para empezar á ser poeta, no habiéndose molestado tampoco en cultivar el árido estudio de los preceptos, el de la filosofia y demas ciencias que deben acompañarla, y mucho ménos la lectura de buenos originales, suplen esta pequeña falta con la vana ostentacion de noticias sueltas, halladas por acaso, retenidas sin conexion ni discernimiento, y producidas con trastorno é ignorancia. Estos censuran libremente lo que no entienden : las obras mas perfectas son defectuosas á su vista ; y como la sabiduría y la ignorancia hacen atrevidos á los hombres, estos por el segundo motivo se erigen en jueces árbítrios del mérito de los demas. Otros ménos advertidos pretenden adquirir el mismo derecho por tal cual obrilla despreciable que han escrito : un elogio insulso, una traduccion, una comedia desatinada, indigna por sus monstruosidades de representarse en nuestros teatros, dan suficiente autoridad á cualquier atronado para creerse capaz de notar errores en los Homeros y Virgílios. Si fuesen de esta clase los críticos que han de juzgar el presente canto, serán sus fatigas despreciadas de los hombres inteligentes y de buen gusto. Si por el contrario hubiese alguno, que segun los principios infalibles del arte, señale lo que hay en él digno de alabanza, y lo que necesitaba corregirse, será en tal caso acreedor á los mayores elogios.

El autor de esta obra vió muchas veces levantarse contra sus escritos numeroso tropel de críticos impertinentes ; pero siendo iguales en ellos la malignidad y la modestia, nunca osaron dar al público una obra suya original para demostrar por el modo mas breve cuál era el camino de los aciertos. Fácil es censurar ; pero muy difícil producir obras estimables. Para conocer los delicados primores de un Virgilio ó un Torcuato, acaso no basta saber de memoria cuantas poéticas hay escritas : es necesario tener la grande alma de aquellos hombres para saber juzgarlos ; el que no sea capaz de añadir un canto á la *Jerusalen librada*, calle y admire, y deje el empeño de la censura á quien sea capaz de compeñirla.

Muchas veces un preceptista rígido juzga defectos los que son

acaso primores inimitables en una obra de poesía: todo quiere reducirlo á ciertas medidas geométricas, á cierta posibilidad física, que en las producciones del ingenio ó no hallan cabida, ó si la tienen, es en tales circunstancias y de tal modo, que no es comprensible á quien carece de un genio superior, que burla y confunde con la práctica las áridas especulaciones de los teóricos.

#### FIN DE POESIAS.